PERIOLIBROS

# SALARRUÉ

## CUENTOS

*Ilustraciones:*
Moisés Barrios

ABC

Este *Periolibro*
llega a millones de lectores
en toda Iberoamérica
a través de 25 reconocidos periódicos,
gracias al auspicio de:

**BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO**

◆

**FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES SOCIALES A.C.**

◆

**IBERIA**

◆

**BANCO SANTANDER**

◆

**BACARDÍ Y CÍA. S.A. DE C.V.**

◆

UNESCO
y FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
agradecen el respaldo a este gran proyecto
de integración iberoamericana

# SALARRUÉ

Considerado como uno de los más importantes cuentistas salvadoreños, Salvador Salazar Arrué, mejor conocido como Salarrué, nació el 23 de octubre de 1899 en Sonsonate, El Salvador. Salarrué no fue sólo un destacado narrador y poeta, sino también un reconocido pintor, con exposiciones en Costa Rica, Guatemala, Nueva York y Nueva Orleans, además de su país natal. Conjuntamente con su labor artística, fungió como Director General de Bellas Artes y como diplomático en los Estados Unidos.

En el campo de las letras, pertenece junto con Arturo Ambrogi (1875-1936) y Alberto Rivas Bonilla (1891), a la llamada "Generación de 1920"; famosa por ser la creadora del cuento salvadoreño moderno. La intensa escritura de este autor se centra en la gente común, en el ambiente campirano de su país y en especial en el de Cuzcatlán. Cada uno de sus cuentos se convierte en un cuadro impresionista lleno de imaginación, con pinceladas de tono vernáculo y casi fantástico.

Destacan entre sus obras los *Cuentos de Barro* (1933) en donde logra recrear, con más astucia que sus contemporáneos, un ambiente autóctono y lleno del colorido del habla popular de la región centroamericana. De esta obra el propio autor comentó: "con las manos untadas de realismo he modelado mis cuentos de barro".

La presente antología, seleccionada especialmente para esta edición de *Periolibros*, incluye textos de las publicaciones más logradas y representativas del autor salvadoreño: *Cuentos de Barro* (1933), *Cuentos de Cipotes* (1945-1961), *Eso y más* (1940), *Trasmallo* (1954) y *La espada y otras narraciones* (1960). Fruto de un conocimiento profundo de la idiosincracia de su país, tan cercana a los usos y costumbres de toda Hispanoamérica, estas obras representan los valores de la gente de campo, en más de un llano, monte o costa americana. Melancólica rememoranza para los trasterrados en urbes asfixiantes, o alegre autorretrato de los afortunados habitantes de provincias hispanoamericanas.

Sobre Salarrué nos dice Sergio Ramírez: "Contar, que fue desde siempre su modo de resistir en el mundo. Y desde esa resistencia solitaria, su obra narrativa vindica el oficio de escritor en Centroamérica."

## MOISÉS BARRIOS

Reconocido pintor centroamericano, dibujante, grabador y diseñador, Moisés Barrios nace en Guatemala en 1946. Estudia en la Escuela Nacional de Artes de Guatemala, en la Facultad de Bellas Artes de Costa Rica y en la Academia de San Fernando en Madrid, España.

Barrios ha expuesto en varias Bienales de Grabado en Latinoamérica y ha participado en importantes exposiciones en ciudades como Nueva York, Londres, Quebec y México, entre otras. Actualmente reside en Guatemala.

Al poner el libro, convertido en un suplemento de diario ("El Periolibro"), en manos de sus lectores, gracias a la inestimable participación de una red de prestigiosos diarios de Iberoamérica, la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, en cumplimiento de sus objetivos, dan un paso importante en beneficio de la integración cultural iberoamericana. De esta manera, grandes escritores iberoamericanos del siglo veinte, ilustrados por no menos importantes artistas del mismo espacio geográfico y cultural, llegan a millones de hogares al costo de un periódico. Nuestro agradecimiento a todas las personas e instituciones que han hecho posible tan noble esfuerzo.

**Federico Mayor**
Director General, UNESCO

**Miguel de la Madrid**
Director General, Fondo de Cultura Económica

*Consejo Asesor*
**Jorge Amado, Alfredo Bryce Echenique, Carlos Fuentes, Gabriel García Márquez, Augusto Monterroso, Fernando Savater**

*Dirección Colegiada*
**Germán Carnero Roqué,** Director de la UNESCO en México / **Adolfo Castañón,** Gerente Editorial, Fondo de Cultura Económica

*Coordinador General* **Manuel Scorza Hoyle**
*Asesor Editorial* **Alí Chumacero** / *Coordinadora Editorial* **Gabriela Vallejo**

*Asesoría Técnica* **Manuel Manrique Castro**
*Diseño* **Vicente Rojo, Rafael López Castro** / *Formación* **Alejandro Valles**
*Supervisión* **Ma. Ángela González, Manuel Nava Labastida**

**Diarios Asociados**

**Página/12,** Argentina; **Presencia,** Bolivia; **O Globo**, Brasil; **Sport & Show,** Canadá; **La Nación**, Chile; **El Espectador,** Colombia; **La Nación**, Costa Rica; **Juventud Rebelde,** Cuba; **Hoy**, Ecuador; **La Prensa Gráfica**, El Salvador; **ABC**, España; **Vista**, Estados Unidos; **Siglo Veintiuno**, Guatemala; **La Prensa**, Honduras; **Aurora**, Israel; **Organización Editorial Mexicana**, México; **La Prensa**, Nicaragua; **La Estrella de Panamá**, Panamá; **Hoy**, Paraguay; **El Sol**, Perú; **Diário de Notícias**, Portugal; **Diálogo**, Puerto Rico; **Listín Diario**, República Dominicana; **La República**, Uruguay; **El Nacional**, Venezuela.

*Periolibros:* Apartado Postal 105-133, Col. Anzures, C.P. 11591, México, D.F.

© Herederos de Salarrué.

**PERIOLIBRO No. 45**

Periolibros es producido y está registrado en la ciudad de México / Impreso en España / Junio de 1996

# CUENTOS

*Selección a cargo de:*
*Hernestina Loyo*
*e Ilia Adler*

**CUENTOS DE BARRO** (1933)

## La botija

José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero; el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera.

Petrona Pulunto era la *nana* de aquella boca:

–¡Hijo: abrí los ojos, ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata.

–¿Qué quiere mama?

–¡Qués nicesario que tioficiés en algo, yastás indio entero!

–¡Agüén!...

Algo se regeneró el holgazán: de dormir pasó a estar triste, bostezando.

Un día entró Ulogio Isho con un cuenterete. Era como un sapo de piedra, que se había hallado arando. Tenía el sapo un collar de pelotitas y tres hoyos: uno en la cabeza y dos en los ojos.

–¡Qué feyo este baboso! –llegó diciendo. Se carcajeaba–; ¡es meramente el tuerto Cande!...

Y lo dejó, para que jugaran los *cipotes* de la María Elena.

Pero a los dos días llegó el anciano Bashuto, y en viendo el sapo dijo.

–Estas cositas son obra denantes, de los agüelos de nosotros. En las aradas se incuentran catizumbadas. También se hallan botijas llenas dioro.

José Pashaca se dignó arrugar el pellejo que tenía entre los ojos, allí donde los demás llevan la frente.

–¿Cómo es eso, ño Bashuto?

Bashuto se desprendió del puro, y tiró por un lado una escupida grande como un *caite*, y así sonora.

–Cuestiones de la suerte, hombre. Vos vas arando y ¡plosh!, derrepente pegás en la huaca, y yastuvo; tihacés de plata.

–¡Achís! ¿en veras, ño Bashuto?

–¡Comolóis!

Bashuto se prendió al puro con toda la fuerza de sus arrugas, y se fue en humo. *Enseguiditas* contó mil hallazgos de botijas, todos los cuales él "bía prisenciado con estos ojos". Cuando se fue, se fue sin darse cuenta de que, de lo dicho, dejaba las cáscaras.

Como en esos días se murió la Petrona Pulunto, José levantó la boca y la llevó caminando por la vecindad, sin resultados nutritivos. Comió *majonchos* robados, y se decidió a buscar *botijas*. Para ello, se puso a la cola de un arado y empujó. Tras la reja iban arando sus ojos. Y así fue como José Pashaca llegó a ser el indio más holgazán y a la vez el más laborioso de todos los del lugar. Trabajaba sin trabajar –por lo menos sin darse cuenta– y trabajaba tanto, que las horas coloradas lo hallaban siempre, sudoroso, con la mano en la mancera y los ojos en el surco.

Piojo de las lomas, caspeaba ávido la tierra negra, siempre mirando al suelo con tanta atención, que parecía como si entre los borbollos de tierra hubiera ido dejando sembrada el alma. *Pa* que nacieran perezas; porque eso sí, Pashaca se sabía el indio más sin oficio del valle. Él no trabajaba. Él buscaba las *botijas* llenas de *bambas* doradas, que hacen "¡plocosh!" cuando la reja las topa, y vomitan plata y oro, como el agua del charco cuando el sol comienza a *ispiar* detrás de *lo del ductor Martínez*, que son los llanos que topan al cielo.

Tan grande como él se hacía, así se hacía de grande su obsesión. La ambición más que el hambre, le había parado del cuero y lo había empujado a las laderas de los cerros, donde aró, aró, desde la gritería de los gallos que se tragan las estrellas, hasta la hora en que el *güas* ronco y lúgubre, parado en los ganchos de la ceiba, *puya* el silencio con sus gritos destemplados.

Pashaca se peleaba las lomas. El patrón, que se asombraba del milagro que hiciera de José el más laborioso colono, dábale con gusto y sin medida luengas tierras, que el indio soñador de tesoros rascaba con el ojo presto a dar aviso en el corazón, para que éste cayera sobre la *botija* como un trapo de amor y ocultamiento. Y Pashaca sembraba, por fuerza, porque el patrón exigía los censos. Por fuerza también tenía Pashaca que cosechar, y por fuerza que cobrar el grano abundante de su cosecha, cuyo producto iba guardando despreocupadamente en un hoyo del rancho, *por siacaso*.

Ninguno de los colonos se sentía con hígado suficiente para llevar a cabo una labor como la de José. "Es el hombre de jierro", decían; "ende que le entró asaber qué, se propuso hacer pisto. Ya tendrá una buena huaca..."

Pero José Pashaca no se daba cuenta de que, en realidad, tenía *huaca*. Lo que él buscaba sin desmayo era una *botija*, y siendo como se decía que las enterraban en las aradas, allí por fuerza la *incontraría* tarde o temprano.

Se había hecho no sólo trabajador, al ver de los vecinos, sino hasta generoso. En cuanto tenía un día de no poder arar, por no tener tierra cedida, les ayudaba a los otros, los mandaba descansar y se quedaba arando por ellos. Y lo hacía bien: los surcos de su reja iban siempre pegaditos, *chachados* y *projundos*, que daban gusto.

–¡Onde te metés, babosada! –pensaba el indio sin darse por vencido–. Y tei de topar, aunque no querrás, así mihaya de tronchar en los surcos.

Y así fue; no lo del encuentro, sino lo de la tronchada.

Un día, a la hora en que se *verdeya* el cielo y en que los ríos se hacen rayas blancas en los llanos, José Pashaca se dio cuenta de que ya no había *botijas*. Se lo avisó un desmayo con calentura; se dobló en la mancera; los bueyes se fueron parando, como si la reja se hubiera enredado en el raizal de la sombra. Los hallaron negros, contra el cielo claro, *"voltiando a ver al indio embruecado, y resollando el viento oscuro"*.

José Pashaca se puso malo. No quiso que *naide* lo cuidara. *"Dende que bía finado la Petrona, vivía ingrimo en su rancho"*.

Una noche, haciendo *juerzas de tripas,* salió sigiloso llevando en un cántaro viejo su *huaca*. Se agachaba detrás de los matochos cuando *óiba* ruidos, y así se estuvo haciendo un hoyo con la *cuma*. Se quejaba a ratos, rendido, pero luego seguía con brío su tarea. Metió en el hoyo el cántaro, lo tapó bien tapado, borró todo rastro de tierra removida y alzando sus brazos de bejuco hacia las estrellas, dejó ir liadas en un suspiro estas palabras:

–¡Vaya: pa'que no se diga que ya nuai botijas en las aradas!...

## El negro

El negro Nayo había llegado a la costa *dende* lejos. Sus veinte años, morados y *murushos, reiban* siempre con *jacha* fresca de *jícama* pelada. Tenía un no sé qué que agradaba, un don de dar lástima; se sentía uno como dueño de él. A ratos su piel tenía tornasombras azules, de un azulón de empavonado de revólver. Blanco y sorprendido el ojo; desteñidas las palmas de las manos, como en los monos; gachero el hombro izquierdo, en gesto bonachón. El sombrero de palma dorado le servía para humillarse en saludos, más que para el sol, que no le *jincaba* el diente. Se *reiba* cascabelero, echándose la cabeza a la espalda, como alforja de regocijo, *descupiéndose toduel* y con gárgaras de oes enjotadas.

El negro Nayo era de *porái...*: de un *porái* dudoso... mezcla de Honduras y *Berlice,* Chiquimula y *Blufiles* de la *Costelnorte*. De indio tenía el pie achatado, *caitudo,* raizoso y sin uñas –pie de jengibre–; y un poco *la* color bronceada de la piel, que no alcanzaba a velar su estructura grosera, amasada con brea y no con barro.

Le habían tomado en la hacienda como tercer corralero. No podía negársele trabajo a este muchacho, de voz enternecida por su propio destino. Nada podía negársele al negro Nayo: así pidiera un *tuco e dulce,* como un puro o un *guacal* de *chicha*. Pero, al mismo tiempo, era –pese a su negrura– blanco de todas las burlas y jugarretas del *blanquío;* y más de alguna vez lo dejaron sollozando sobre las mangas curtidas con el barro del cántaro y la grasa de los baldes. Su resentimiento era pasajero, porque la bondad le chorreaba del corazón, como el suero que escurre la bolsa de la mantequilla. Se enojaba con un "¡no miablés!"... y terminaba al día siguiente el enojo, con una palmada en la *paletiya* y su consiguiente: "¡veyan qué chero, éste!"... y la tajada de sonrisa, blanca y temblona como la *cuajada*.

Chabelo "boteya", el primer corralero, era muy hábil. Tenía partido entre las *cipotadas* del caserío, por *arriscado* y finito de cara; por *miguelero* y *regalón;* pero, sobre todo, porque acompañaba las guitarras con una su flauta de bambú que se había hecho, y que sonaba dulce y tristosa, al gusto del sentir campesino. Nadie sabía cuál era el secreto de aquel carrizo llorón. *Bía* de tener una telita de araña por dentro, o una rendija falsa, o un chaflán *carculado*... La fama del *pitero* Chabelo se había cundido de *jlores* como un *campaniyal*. Lo llamaban los domingos y ya cobraba la *vesita, juera* de juerga o de velorio, de bautizo o de simple pasar.

Un día el negro Nayo se arrimó *tantito* a Chabelo "boteya", cuando éste ensayaba su flauta, sentado en el cerco de piedra del corral. Le sonrió amoroso y le estuvo escuchando, como perro que mueve el rabo.

–¿Oyí, negro, querés que tenseñe a tocar?...

Por la cara pelotera del negrito, pasó un relámpago de felicidad.

–Mire, chero, y yo le vuá pagar el sábado, pero no me vaya a tirar...

Después de las primeras lecciones, Chabelo *el pitero* le *alquiló* la flauta al negro para unos días. El negro se desvelaba, domando el carrizo; y lo domó a tal punto, que los vecinos más vecinos, que estaban a las tres cuadras, paraban la oreja y decían:

–¡Oiga, pitero ese Chabelo! Es meramente un zinzontle el infeliz...

–Mesmamente: diayer paroy, le arranca el alma al cristiano como nunca.

Callaban... y embarcaban su silencio en el *cayuco* bogante de aquella flauta apasionada, que los hundía en la dulzura de un recordar sin recuerdos, de un retornar sin retorno.

En poco tiempo el negro Nayo sobrepasó la fama de Chabelo. Llegaban gentes de lejos para oírlo; y su sencillez y humildad de siempre se coloreaban de austeridad y poderío, mientras su labio cárdeno soplaba el agujero milagroso.

El propio Chabelo, que creyó conocer todos los secretos del carrizo, se quedaba pasmado, escuchando –con un sí es, no es, de despecho–, el fluir maravilloso de un sentimiento espeso que se cogía con las manos.

Una tarde *dioro* en que el negro estaba curando una ternera *trincada,* con una pluma de pollo untada de creolina, Chabelo se decidió por fin; y, un tanto encogido, se acercó y le dijo:

–Mirá, negro, te pago dos *bambas* si me decís el secreto de la flauta. Vos le bís hallado algo que le pone esa malicia... Seya chero y me lo dice...

El negro se enderezó, desgreñado, blanca la boca de dientes amigos y franca la mirada de niño. Tenía abiertos los brazos como alas rotas, sosteniendo en una mano la pluma y en la otra el bote.

Miró luego al suelo empedrado y meditó muy duro. Luego, satisfecho de su *pensada,* dijo al *pitero:*

–No me creya egóishto, compañero, la flauta no tiene nada: soy yo mesmo, mi tristura..., la color...

## La brasa

En la cumbre más cumbre del volcán, allá donde la tierra deja de subir buscando a Dios; allá donde las nubes se detienen a descansar, Pablo Melara había parado su rancho de carbonero. Medio rancho, medio cueva, en una falla del acantilado aquel nido humano se agazapaba. De la puerta para afuera, empezaban las laderas a descolgarse terribles, precipitadas; abismándose en deslizones bruscos rodando, agarrándose *aflegidas*. Los pinos, enormes, eran nubes oscuras entre las nubes; humazos negros entre la niebla. Mecían al viento, lentamente, sus enormes cabezas, como si oyeran una música *dulce,* salida de lo gris y de lo frío. Las ramas *chiflaban* tristemente, llevando en ritmos nasales una melodía de inmensidad. Era la cumbre una isla en el cielo, y el cielo, un mar de viento. En las noches tranquilas, como por alta mar, pasaba silenciosa la barca de la luna nueva. A veces el horizonte fosforecía.

El carbonero iba apilando los leños, en *pantes* enormes. De cruz en cruz, formaba una torre como un faro que, en las noches largas, llenas de ausencia, ardía, ardía rojo y palpitante, señalando el rumbo a los barcos de silencio con sus grandes velámenes de sombra.

Solo y negro en la altura, el carbonero iba viviendo como en un sueño. Tenía un perro mudo y una gran tristeza. Acurrucado y friolento, encendido siempre el *puro* y el corazón, se estaba allí mirando el abismo, sin remedio.

Como a los *pantes* de leña oscura, la brasa del corazón le iba devorando las entrañas; y aquel resplandor de misterio se le iba subiendo a la conciencia.

Una noche, *aflegido,* lió sus trapos y se marchó *pa nunca*...

–¡Puerca, mano, méi juido dialtiro e la cumbre! ¡Miatracaba un pensar y un pensar!...

## De pesca

Eran allá como las tres de la madrugada. La luna, de llena, *lambía* las sombras prietas en los montarrascales y en los manglares dormilones. El estero, lagunoso en su calma, era como un pedazo de espejo del día; del día ya roto. La playa lechosa, de cascajo crema, se dejaba espulgar por las suaves ondas espumíferas, que la brisa devanaba sin prisa. La isla, al otro lado del agua, se alargaba como una nube negra que flotara en aquel cielo diáfano, mitad cielo, mitad estero. Las estrellas pintaban en ambos cielos. El mar, a lo lejos, roncaba adormilado por la frescura del aire y la claridad del mundo. Un cordón de aves blancas pasó, silencioso y ondulante como una culebra de luna.

De la mediagua oscura, salió a la playa un indio. Llevaba desnudo el torso, los calzones arremangados sobre las rodillas; se desperezaba, como queriendo echar al suelo el fardo del sueño. La arena, al ser hollada por los anchos pies descalzos, mascaba el silencio. Miró las estrellas con los ojos fruncidos. Se espantó los mosquitos, miró el agua platera y regresó al rancho.

–Son ya mero las tres, vos... ¿Nos vamos?

Una especie de aullido de pereza le contestó. Luego, la voz atecomatada del compañero respondió:

–Ai veya, mano...

–Amonós...

Los indios, hurgando en la sombra del caedizo, escogieron los utensilios y fueron trasladándolos al bote. El bote dormía, encallado, mitad en el agua, mitad en la arena. Un *chucho* prieto iba y venía husmeando el viaje. Por efecto del silencio del agua, de la luz, del cielo bajero, el mundo todo parecía palpitar, cabecear como un barco en marcha. Los *pocuyos,* despenicados en la inmensidad, arrullaban la cuna de la noche con su triste "oíeo, oíeo, oíeo", que sonaba intermitente, como la paletada blanda del remo que va, va va... sin prisa y sin ruido.

–Ya va ser parada diagua, vos.

–Ya paró, mano.

–¡Aligere, pué!...

Despegaron el bote a empujones y pujidos. El bote coleó, libre, *descantillándose tantito* y revolviendo la plata de la luna en desparpajos. Hundidos hasta las piernas, aún empujaron. Luego se metieron dentro y se dejaron llevar por el *tranquil* del agua parada. Era el cambio de marea; las corrientes que entraban al estero, fatigadas de ir buscando mundo, descansaban un momento, antes de regresar al mar abierto. Entonces el peje abismado venía arriba, flordeaguando y buscaba la calma de las ramazones y de los bancos. Ligeros colazos de zafiro indicaban ya el *punto* del agua. Las sombras rojizas de los *parvos* pasaban, esquivando el peligro, avisados por el lánguido paleteo del *canalete*.

En fraterno silencio los indios cruzaban el

agua como si volaran entre dos cielos. En la proa ávida de espacio, el uno empujaba con la pértiga negra y larga que subía y bajaba rítmicamente, sincronizando con el manosear del *canalete* que el otro indio manejaba en la popa, acurrucado y friolento. En el centro del bote el *chucho*, sentado, miraba tímidamente los cacharros del cebo.

–¡Qué friyo, vos!...

–¡Ajú!...

–¿Vamos al ramazal de la bocana?

–Como quiera, mano.

Los ramazales emergían del agua purísima como inmensas arañas negras. Dos, tres, cuatro... quedaban atrás. Al pasar rondando un tronco, el raizal *projundo barzonió* el bote, afligiéndolo. Con hábil punteo, salieron del paso.

–¡No se arrime mucho, mano!

Torcieron hacia el sur; a poca distancia del ramazal echaron el *fondo* y quedaron inmóviles. Poco tiempo después arrojaban los anzuelos. Con rápido ademán los lanzaban al aire. La pita hacía una larga parábola, y el plomo se hundía allá, con un ligero: "chukuz". Luego el cordel se quedaba ondulando encima y poco a poco se abismaba. Quedaban a la expectativa. Habían encendido los puros y *jumaban* acurrucados.

–¿Pican, mano?

–No quieren picar.

–Ya me punteyan, vos.

–¿Eh...?

–Es bagre, de juro. Estos chingados sian de ber llevado la chimbera.

La *chimbera* era el cebo. El indio sacó el anzuelo, de jalón en jalón. Por fin sobreaguó el plomo negruzco. Se habían llevado el bocado.

–¿Lo vido? Son esos babosos bagres, vos.

–Si quiere nos hacemos al lado de laisla.

Iba a sacar su cordel, cuando un fuerte tirón, que ladeó el bote, les advirtió de una presa mayor.

–¡Jale, mano; debe ser "mero"!

El indio tiró con todas sus fuerzas.

–¡Ya mero reviente este jodido!

Llegó el otro a ayudarle. Tiraron penosamente. El bote cimbraba, *voltión*. En la cola de un espumarajo surgió de pronto una sombra enorme, que arrollaba la linfa con ímpetus de marejada. La luz nerviosa le mordía en redor.

–¡A la ronca, mano, es tiburón!

–¡Y del fiero, vos!

–¿Lo encaramamos?

–¡Déjelo dir, chero, nos puede joder al chucho!

–¿Guá perder mi anzuelo?

–¿Qué siarremedia?

Un coletazo formidable hizo crujir el bote. El *chucho* buscaba fijo, abriendo las cuatro patas y hundiendo la cola. Soltaron. Se *apercoyaron* a las bordas y trataron de nivelar. Un segundo coletazo ladeó el bote. Dos sombras eseantes atacaban con furia.

–¡Levante el fondo ligero!

–¡Aguárdese!

Un tercer coletazo echó de bruces al indio que tiraba del *fondo*. La caída hizo volcarse al bote; hubo un griterío salvaje; las colas golpeaban en la cáscara del bote como en un tambor. Grandes rosas de espuma se fugaban en círculos, empurpurando la plata mansa. Después, todo quedó quieto.

Agrupados en la orilla, los moradores del valle escrutaban la noche. La *ña Gerónima*, gorda y grasienta, con su delantal de cuadros azules, comentaba temblorosa.

–¡Avemarfapurísima!...

Los viejos de quijada de plomo cabeceaban, como diciendo:

–*Pa que veyan*...

Los *cipotes* abrían sus bocas y se acurrucaban, para descansar las barrigas enormes.

–Ésos han sido los Garciya.

–Hilario y Cosme, quizá...

–A saber si jué Mincho de la seña Fabiana.

–Sí, pué...

El día venía abriendo rápido, con ambas manos, los azules del Azul. La luna, marchita ya, se arrinconaba en la montaña. Las ondas de la vaciante *tráiban orito* en la punta. El manglar se había separado del paisaje, tomando su cuerpo. La isla verdegueaba, y la fragancia de la mañana venía *mera* cargada.

De pronto, se vio una estela que flechaba hacia la orilla. Todos quedaron en suspenso. Un perro negro llegaba jadeante, aclarando el misterio de la tragedia. Salió de un último pechazo a la orilla; meneó el rabo; se sacudió bruscamente la gloria del sol, y no dijo nada.

## La brusquita

El rancho de Polo quedaba allá donde empieza a trepar el volcán, al pie de unos *caragos jloridos*, al *jaz* de la vereda que lleva *onde* Meterio Ramos, cerca del cantón Guaruma. Entre pedrencos morados, hecho con paja de arroz y palma, el rancho miraba *pa* bajo, *pa* bajo, por encima de los grandes potreros del Derrumbadero, hasta el río Guachote *quiba* haciendo así, así, hasta perderse en la montaña. Encorralado en un requiebre, entre *cocos* y platanares, estaba el pueblo. Eran todas las casitas blancas y estaban echadas con los ojos abiertos. Como ganado arisco en desparpajo, iban allá los cerros *atrompesándose* unos con otros, o encaramándose al *dir* de brama.

La *señá* Manuela, la partera, dejó el *guacal* de café en la hornilla apagada, sobre el polvito azul de la ceniza, y con un palito encendido *prendió la cabuya* de su cigarro. Con un ojo apagado por el humo, le dijo a Polo para cerrar plática:

–Ve vos, yo sé lo que te digo: nuai más dolor quel de parir...

Polo asintió, con sencilla nobleza de *irnorante*. Se despidió la vieja y se fue; y el indio, que vivía solo allí, descolgó la guitarra, como quien apecha la tristeza sin temor, y *liayudó* al cielo a *dir* pariendo estrellas en la tarde.

De allá de la carretera, de bien abajo, venía cargando con ella. La *bían arronjado diun automóvil.* Él *bía* visto el empujón y el *barquinazo.* Iban todos *bolos* y ella lloraba a gritos. Cayó en *pinganiyas,* y, dando una *güeltereta,* sembró la cara en el lodo y se quedó *aletiando.* Él la *pepenó* y, como no había dónde, se la llevó cargando al rancho; cuesta arriba, cuesta arriba, *sudoso* y enlodado. Ella *sangriaba* y se quejaba. Por dos veces *la bía apiado* para que arrojara. Arrojaba un *piro* espumoso y hediondo y *diay* se desmayaba.

Entró con ella apenas; la puso en la cama y empezó a lavarle la cara con un trapo mojado. A la luz del candil *vido,* al ir borrando, que tenía la cara *chula.* El pelo lo *andaba* al *jaz* de la nuca; era blanca y suavecita, suavecita, como algodón de ceiba. Cuando abrió los ojos *vido* que los tenía prietos y *brillosos,* como charcos *diagua* en noche de relámpagos.

Se quedó allí mientras se curaba. Había pasado una *goma feya,* que le bajó con *chaparro.* Con la sobada que le dio en la pierna, bajó la hinchazón. Podía apenas dar pasitos, renqueando y quejándose. Pasaba todo el día tirada boca arriba en la cama, descalza su blancura y triste el negror de sus ojos que le *sonreiban* agradecidos. Se dormía, se dormía..., y él la *veiya* desde el taburete, medio envuelta en el perraje, con el pelo en la cara, *acuchuyada* toda ella, dándole el redondo de su cuerpo con un abandono que le hacía temblar y *herver.* Cuando estaba *projunda,* él se acercaba y se inclinaba. *Güelía ansina* como una *jlor de no sé qué,* con un perjume que *mareya* y que da *jiebre.* Pero Polo sabía en su sencilla nobleza de *irnorante,* que *nuay* que *confundir la caridá...*

–Usté, ¿dióndés?

–¿Yo?... de la capital...

–¿Por qué la embolaron y larronjaron?...

–Por bandidos que son. Les pegué en la cara y les di de patadas y entonces me aventaron los malditos...

Polo quería decir algo, quería sacar *ajuera* el *ñudo* que se le *bía* hecho en la garganta; pero no salía: era como una espina de pescado y no salía más que por los ojos. Ella lo miraba sonriente. Para animarlo le dijo:

–¿Qué no me mira que soy "brusca"?

Él no comprendió aquel término urbano. ¡Ah, si lo hubiera dicho con P, qué feliz habría sido!

–¡Qué brusca va ser usté...!

Ella respetó aquello que creyó ser una ilusión de pureza. Él sin duda la tomaba por *niña.*

Se separaron en el crucero de los caminos; allá en el plan. Se miraron fijo un rato, mientras cantaban los *pijuyos.* Ella le cogió las manos y se las besó; se le *atrinquetió* en el pecho, y ligerito, le dio un beso en la cara y se alejó *renquiando.* Él quedó como sembrado. Rígido como *brotón* de cerco, mirándola *dirse, pelona* y *chula,* chiquita y blanca. Cuando *descruzó, lo voltió a mirar* parándose un momento y le dijo adiós con los dedos. Él, sin juerzas casi, le meció la mano.

Sentado en la piedra, frente al rancho, miraba *baboso* y *juido* del mundo, como venían, por los potreros del Derrumbadero, los toros tardíos cabeceando y mugiendo como si empujaran un trueno.

En la puerta del rancho la *seña* Manuela, la partera, cansada de hablar sola, se *encumbró* el último trago de café hundiendo la cara en el *guacal* y sentenció siempre *al igual:*

–Yo sé lo que te digo: nuay más dolor quel de parir...

Con sencilla amargura de *irnorante,* el indio dejó de hacer cruces en la arena, y de un golpe clavó con furia el corvo en el tronco del *carago.*

Cayeron *jlores.*

## Esencia de "azar"

La aurora se iba subiendo por la pared del Oriente, como una enredadera. Floreaba corimbos rosados y gajos azules. Una que otra hoja dorada asomaba su punta. Las estrellas se iban destiñendo una por una.

Un vientecillo helado, aclarante como si llevara disuelta en su caudal la luz, iba llenando la pila del mundo con el agua dorada del día. Los gallos flotaban, aquí y allá, como pétalos *despenicados* de una sola alegría.

Dulcemente se abrió la puerta de la esquina y espantó en la tienda los olores dormidos: olor a *maicillo* y a *petate* nuevo; olor a *mantadril* y a *cambray pirujo;* a jabón, a canela y anís. La luz tranquila entró, limpiando de sombras los estantes, los mostradores, los sacos aglomerados a lo largo de la pared y la máquina de coser, sobre la cual el gato seguía durmiendo, enroscado como un *yagual.*

La Toya abrió también la ventana; y, cogiendo la escoba del rincón, empezó a barrer con el polvo de *tiste* de los ladrillos, las tiras de género, las briznas de *tusa,* los pelos de elote y uno *quiotro* papel. A lo lejos, freían un huevo.

La *ña Grabriela* salió del dormitorio apartando la cortina de perraje. Era una viejecita blanca, lenta y encorvada. Sus ojillos, verdes y hundidos, miraban bajeros, siguiendo los giros del pescuezo. Sobre su panzinga de beata, colgaba el delantal fruncido; y, sobre el delantal, el *mosquero* de llaves. *Tembeleque,* llegó al mostrador; miró, con ojos de ausencia, la calle empedrada que subía curveando el trasero mugriento de la Iglesia y, a través del arco del campanario, el cielo azul, de un azul dominguero. Luego, la *ña Grabriela* abrió la gaveta del mostrador y metiendo su blanda mano de espulgadora, hizo sonar el humilde pianito del *pisto.*

–¡Toya!...

–¡Mande!...

–Andá onde Lino, que te venda un cuis de esencia de azar. Llevá el bote. Miá güelto el dolor...

Por la esquina entró una *cipota* y fue a pegarse al mostrador, empinándose sin lograr dominarlo.

–Ración de canela y ración de almidón...

Cantaba al hablar. La *ña Grabriela,* que era un poco sorda, no la oyó.

Andaba dando vueltecitas de uno a otro lado. Espantó al gato, *metiéndole un tastazo* en la nalga.

–Ración de canela y ración de almidón...

La viejecita entró en el dormitorio, apartando la cortina. Iba tambaleándose. La niña, siempre pegadita al mostrador, catarrosa y desmechada, continuaba esperando. A lo lejos, en el patio, alguien se bañaba a *guacaladas.*

De la trastienda llegaba un quejarse congojoso. La *cipota* no hablaba ya más: escuchaba, con la boca entreabierta, el quejarse monótono, como mecido de hamaca. Poco a poco iba menguando, menguando... hasta callar. Cuando calló, la niña salió tímida al andén y aguardó.

Llegó la Toya, con la *esencia de azar.* La niña la detuvo.

–La ña Grabriela taba quejándose, y se jue callando, y se jue callando, y se jue callando... hasta que se calló.

La Toya entró corriendo.

–¡Madrina, Madrina!...

Alguien seguía bañándose en el patio, a *guacaladas.* Dulcemente volvió a cerrarse la puerta de la esquina guardando los olores: olor a *maicillo,* olor a *petates,* olor a manta y a *cambray pirujo,* a jabón, a canela y anís... y a *esencia de azar...*

## El circo

Se azuló la noche. En medio del solar oscuro, el circo era como una luna desinflada. Parecía la *chiche* de la noche *onde* mama luz el cielo. Un chilguete manchaba de norte a sur el espacio y las gotitas *zarpiaban* el horizonte hasta la *oriya* del mundo.

Mito y Lencho, los dos hermanitos, miraban asombrados, por un *juraco,* cómo aquel *siñor* que le decían Irineyo Molina, se *bía* hecho payaso en un dos por tres. *Taba* sentado en un cajón, *jumándose* un *puro,* y con cara enojosa de hombre. Por el hoyito se *véiya* bien que le daba la luz de un *carburo* en la cara *chelosa* de harina. Abajo, junto a la *goliya* plisada, asomaba el cuello *prieto* de su propio cuero. Más allá, el negro Jackson sembraba una estaca, con una almágana. A cada golpe de *juelgo,* la estaca se hundía un jeme. Recostado en unos *lazos,* templados como cuerdas de violín, estaba un volatín.

–¡Apartáte, baboso!

–Peráte, quiero ver.

–¡Te vuá zampar una ganchada, Chajazo!

–¡Achís!, sólo vos querés mirar...

–A yo no mián dejado...

–¡Baboso, baboso!, ayí entró una piernuda vestidedorado. Sestá componiendo la atadera.

La *cipotada* ondeó, como un tumbo de carne; reventó en empujones y se vació sobre la carpa, derrumbando al lado *diadentro* un rimero de sillas. Se oyeron voces de hombre, furibundas, y pasos amenazadores. La *cipotada* se dispersó a la carrera, haciendo sonar con sus talones la panza de tambor del descampado. Se confundió entre el *güevaso e gente,* silbando y riendo. Un *sapurruco* en camiseta, con unos grandes *gatos* que parecían de madera, salió *encachimbado* por debajo de la lona, con un acial en la mano. Llegó hasta el andén mirando de *riojo;* escupió un salivazo con tabaco, y se metió *otragüelta* por debajo. Dos o tres *chiflidos* le condecoraron el *fundiyo.*

El humo de los candiles y de los puestos de *pupuseras* ponía llanto en los ojos de aquella alegría. La manteca, *ricién* echada en las *sartenas* de las *pasteleras,* se *oiba* escandalosa, como cuando *meya* el tren. Las garrafas, en los mostradores de los *chinamos,* parecían *jícamas* de vidrio, que se *bieran* convertido en cocos. El *guaro* clarito temblaba adentro y dejaba *descurrir* su *tujito embolón.*

Las gentes iban entrando, güasonas, al circo. Daban su tiquete y levantaban la cortinenca de *añididos, onde* había unas letras que *naide* entendía, porque *naide leyiya* en el pueblo.

Una bandita descosida empezó a sonarse, allí dentro, debajo *diaquel* gran pañuelo. La *buyanga sizo* mayor, y las gentes empezaron a codearse por entrar a coger puesto.

Por tercera vez sonó la campanilla; aquella campanilla que daba *güeltegatos* de plata en la *aljombra* de la ansiedad. Un silencio profundo se agachaba, cargo de corazones, como una rama de mango. De una patada se abrió el telón de los secretos; una pelota de colores vino rodando hasta el centro del picadero, y, con un grito de sollozo burlón, el payaso se irguió amelcochado, bonete en mano, con algo de *piñata* y algo de barrilete. De golpe se descolgó, en el redondel, la cortina de tablitas del aplauso.

Vestidos a medias y de medias, los volatines y volatinas, en escuadrón, avanzaron marciales, con los brazos cruzados sobre el pecho y sonriendo con

sonrisa postiza. Detrás, en dos *caballencos* ahumados como los del carrusel, que llevaban colas de gallo en la frente, venían las *masonas,* vestidas de *espumesapo* y sentadas, con una nalga, en el *mero chunchucuyo* de los caballos. Cerrando *chorizo,* iban un *chele* vestido *dentierro,* con un *chiliyo* bien largo; y un viejo bigotudo, jalándole las narices a un pobre oso medio *bolo.* Más detrás iban los *guachis,* con *cotones* de colores llenos de *chacaleles.* La banda sonaba, toda ella, *chueca* y destemplada, como *mocuechumpe.*

En aquel pueblo de niños, sólo los *cipotes* se *bían* quedado *ajuera. Ispiaban* por *onde* podían, subiéndose algunos hasta las puntas de los cercanos *jocotes,* contentándose con ver el bailoteo de uno *quiotro* trapo de color, o el relámpago misterioso de las lentejuelas en las mecidas de los trapecios.

Los niños *ajuera,* los grandes *adentros...* El circo era como la *felicidá,* que se la cogen aquellos que menos la quieren. Los *cipotes* se *conjormaban* viendo la *alegriya* luminosa, por un hoyito, entre tablas y piernas oscuras. Mito y Lencho, los dos hermanitos, se *bían* retirado *dionde bían* miradores, porque les *taban* rompiendo toda la camisa. Sin embargo, cada granizada de aplausos los empujaba de nuevo a la carpa. De *chiripa* se hallaron un *juraquito bajero,* que los otros no *bían incontrado.* Con el dedito *inano* lo *jueron* haciendo más grande y miraban por turnos.

Cuando más extasiados estaban, mirando, *mitá* y *mitá* que la *piernuda* caminaba sobre el alambre como sobre el viento, un *guachi,* con una tablita, los cogió de *culumbrón,* soñadores e indefensos. Les dio con todas sus *juerzas,* el bandido *jalacolchones;* y ellos, dando alaridos, salieron corriendo y sobándose la nalga, ardida como con plancha caliente. Fueron a contarle a la *mama;* y la *mama,* cogiéndolos debajo de sus alas desplumadas, maldijo al miserable:

—¡Disgraciado, quiá de pagarlas un diya en los injiernos!

Lencho, rumió, en su corazón de niño perdonero, aquella frase; y, tras un rato de silencio, preguntó:

—Mama, ¿yen el injierno habrán hoyitos para mirar lo que andan haciendo en el cielo?...

## Nochebuena

La tarde herida cayó detrás del cerro con *lala* azul tronchada y el pico *dioro entriabrido.* El nido de noche quedó solito, con *piojío* de estrellas y el huevo brilloso de la luna. Plumas quedaron angeleando, *tristosas.*

Los *guarumos,* altos y *chelosos,* se miraban en las *escuranas,* con aspecto de *espíretos de palos.* La brisa espesa, tufosita y *jelada,* hacía nadar las ramas en los claros morados del cielo. El *sereno mojisco* untaba brillos en los bultos de las cosas; y toda la tierra se encaramaba al cielo en olores. Lijaban los grillos, puliendo el silencio.

Por la puerta del rancho embarrancado, salió al pedrero una puñalada de luz. Las sombras acamelladas de los moradores reptaron hasta el patio. Un *chucho* interpuesto, se había hecho mesa en el umbral.

Poco a poco, la noche se fue alunando en clarores hermosos. Desde el patio se columbró el caserío del pueblo. Uno *quiotro* candil estrellaba la calle. En el campanario antiguo, la luna cuajaba, campeando alegre; y, de cuando en cuando, los *cuetes puyaban* la carpa *tilinte* del cielo, *chiflando* todos luminosos y rebotando con estrépito.

La *nana* se enrolló en el *tapado* y salió, seguida de los dos cipotes. La Tina tenía once años; era delgadita y *pancitinga.* Nacho andaba en cinco: sopladito, pujoso, careto y mocoso. La camisa le campaneaba al haz del ombligo. Caminaba jalado, *atrompesándose* y con la boca en forma de O, por la *trancazón* de la *ñata.* Bajaron al camino *rial* y cogieron rumbo al pueblo.

Iban, iban..., en silencio, tranqueando por la calle polvorosa que, como una culebra, tenía piel a manchas de sombra y luz. Unos toros pasaban por el llano, empujando la soledad con sus mugidos de brama. Al pasar por *La Canoga,* frente al rancho de *ño* Tito, la puerta de luz les cayó encima, asustándoles los ojos, y oyeron la risa de la guitarra. Pasaron en fila. Iban, iban... Como era Nochebuena, había misa del gallo y se había corrido la *bola* de que el padre Peraza iba a regalar juguetes a los chicos después del sermón. La Tina y Nacho no habían tenido juguetes nunca. Jugaban de muñecas, con *caragües* vestidos de *tusas;* de tienda, en la *piladera;* de *pulicía,* con *olotes;* y de pelotas, con bolas de *morro.* Iban, iban... La *chucha seca* los seguía, rastrera y tosigosa. Se *óiba* ya, clarito, el tamborón y el pito que pastoreaban la alegría pueblerina. En una embrocada que se dio el camino, saltó *cheleante* el pueblo; y, desde la torre de la iglesia, el ojo con dos pestañas del *reló* se les quedó mirando ceñudo, y no los perdió de vista hasta que embocaron por la plaza.

Había ventas; olía a *jumo* a *guaro,* y a *cuete.* Se entraba al atrio entre ramas de *coco* y *pitas* empapeladas de colores. El pito y el tambor pastoreaban la alegría.

La niña Lola los topó en las gradas.

—¿Habís venido al reparto, Ulalia?

—Sí, pué...

—Date priesa, si querés que te les den algo a los cipotes. Ya el padre tá cabando.

La *nana* jaló la cadena, en busca del reparto; siguió el lateral de la iglesia, y se *aculó* contra el *chumazo e gente* que iba entrando *encipotada* al reparto. La *bullanga* ensordecía. Entre los que se *réiban,* pujaban los apretados.

La Ulalia seguía *aculada,* siempre al *tanteyo* de coger puesto. Por fin, llegó hasta la barriga negra del cura. Sonaban trompetas; sonaban *chinchines;* sonaban *tumblimbes.*

—¿Y vos? ¿Vos no sos del pueblo, verdá?

—No, padre-cura; soy del valle...

—¡Hum, hum!... *¿Tus* cipotes nuán venido a la doctrina, verdá?

—No, Siñor: tamos lejos...

—¡Hum, hum!... Para vos nuay; para vos nuay... ¿Entendiste? Para vos nuay... Pase lotra, pase, pase...

Topadito al cerro, *floriaba* un lucero. La Ulalia iba, por el camino, de *güelta*. Con su voz tísica, decía:

—¡Apuráte, Nachito, andá!

La Tina *luiba* jalando. Nachito decía:

—¿Y ed juguetes, mama?...

La camisa le llegaba al ombligo. Iba tranqueando. A lo lejos, se *óiba* el río embarrancado. En los claros, salían de los palos brazos negros, que amenazaban el cielo.

—¡Apuráte, Nachito, andá!...

—¿Y ed juguetes, mama?...

Al pasar por el rancho de *ño* Tito, la puerta de luz les cayó encima, y oyeron la risa de la guitarra.

## La repunta

—¡Mama, mama, el poyo me quitó la tortiya e la mano!...

—¡Istúpida!

La *istúpida* tenía siete años. Era gordita y *ñatía;* su cara amarilla moqueaba y su boca despintada, siempre *abrida* y triste, mostraba dos dientes anchos e inexpresivos. Lamiéndole la frente le bajaba el *montarrascal* del pelo, *canche* y marchito. Vestía mugre larga y *vueluda,* tornasolada de manteca. Se llamaba Santíos.

La *nana* recogió del suelo un *olote* y se lo tiró al *poyo,* con todas sus *juerzas* de molendera.

—¡Poyo baboso!—... ¡Encaramáte al baúl, jepuerca! ¡Si tiartan la tortiya, no te doy más!

La Santíos se encaramó en el baúl. Venía lloviendo *tieso* por los potreros. El cerro *pelón,* parado en medio de los llanos, gordo y cobarde, no halló dónde meterse y se quedó. Llovió sin *pringar,* de golpe, a torrentes; con un viento encontrado, que corría atropelladamente en todos los rumbos, como si llevara un tigre agarrado a la espalda.

El *hojarasquín* mísero, de paredes de palma, se tambaleaba *chiflante,* desplumado, entregado a la *voluntá* de Dios.

—¡Istúpida, tapá ligero el hoyo con el costal!

La Santíos puso el pedazo de *tortiya* en el saliente del horcón y jué a *zocoliarle* el costal al *juraco.* La piel del cielo tembló ligeramente de terror; y el rayo, con un alarido salvaje, le estampó su *jierro* caliente que tenía la forma de un *palo* seco. Un berrido de dolor llenó los ámbitos oscuros. La *istúpida* no tapaba bien el hoyo, y la *nana* la *arronjó* del pelo y lo tapó.

—¡Quitá, endezuela emierda, bís nacido para muerta!

La Santíos se *jué* a sentar en la cuca y se quedó mirando, con los ojos y con la boca, por la puerta. El viento *bía* menguado, aplastado por *lagua.* En el patio, y al ras de la corriente, iban saltando *pa* la calle un *montonal de inanitos* de *huishte, a toda virazón,* unos detrás *diotros.* De los alambres del cerco *caiban, desguindándose,* unos miquitos *platiados.* La Santíos se despabiló con la escupida de una gotera.

—Mama, aquiés onde chingasteya lagua, mire...

Iba, gota a gota, llenando su manita acucharada; cuando le rebalsó, *diun* manotazo se la metió en la boca.

—¡Istúpida, bien bis óido que tenés catarro! ¿No sabés que lagua yovisa es mala? Te puede quer al pecho, animala...

Pasado el aguacero, la Santíos salió para el río con la *tinaja.*

—¡Güelva luego, carajada, si no quiere que la tundeye como ayer!

La Santíos *voltió* a ver y siguió su camino. Iba, humilde y *shuca* en la frescura dorada de la tarde, dejando pintada en el barro la flor de su patita.

El río venía hediondo y colorado y su *ruidal* llenaba la barranca, haciéndola más oscura. Humilde y *shuca;* bajó de piedra en piedra, sujetando con mano temblorosa la *tinaja,* sobre la cabeza *canche.*

Llegó al *ojo diagua* encuevado, límpido y lloviznoso, y con el *guacalito* fue llenando, llenando la *tinaja,* de aquel amor.

Un trueno lejano venía arrastrando la noche por la barranca. Era como el rugido de una montaña herida de muerte. Desde una altura, un indio de *manta* agitaba los brazos, gritando desesperado:

—¡Istúpida, babosa, la repunta, ái viene la repunta! ¡Corra, istúpida, corra!

La niña, sin oír, seguía llenando tranquila la *tinaja.*

En el momento en que la repunta *voltió* en el recodo del río, espumosa y furibunda, arrasando a su paso los troncos y las piedras, la altísima muralla que estaba a espaldas de la niña, en la margen opuesta; altísima y solemne como un ángel de barro, abrió sus alas y se arrojó al paso.

Su derrumbe, acallando todos los ecos borrachos, había sonado a un NO profundo y rotundo. La repunta se detuvo. Y no fue sino cuando la Santíos había entrado ya en el patio de su rancho, pintando en el barro la flor de su patita, que el río abrió de un puñetazo su paso hacia la noche.

## La honra

Había amanecido *nortiando;* la Juanita limpia; *lagua* helada; el viento llevaba *zopes* y olores. Atravesó el llano. La *nagua* se le amelcochaba y se le hacía calzones. El pelo le hacía alacranes negros en la cara. La Juana iba bien contenta, *chapudita* y apagándole los ojos al viento. Los árboles venían corriendo. En medio del llano la cogió un tumbo de *norte.* La Juanita llenó el frasco de su alegría y lo tapó con un grito; luego salió corriendo y enredándose en su risa. La *chucha* iba ladrando a su lado, queriendo alcanzar las hojas secas que pajareaban.

El *ojo diagua* estaba en el fondo de una barranca, sombreado por *quequeishques* y *palmitos.* Más abajo, entre grupos de *güiscoyoles* y de *ishcanales,* dormían charcos azules como cáscaras de cielo, largas y oloríferas. Las sombras se habían desbarrancado encima de los paredones y en la corriente *pacha,* quebradita y silenciosa, rodaban piedrecitas de cal.

La Juanita se sentó a descansar: estaba agitada; los pechos —bien ceñidos por el traje— se le querían ir y ella los sofrenaba con suspiros imperiosos. El *ojo diagua* se le quedaba viendo sin parpadear, mientras la *chucha* lengüeaba golosamente el manantial, con las cuatro patas ensambladas en la arena virgen. Río abajo, se bañaban unas ramas. Cerca unos peñascales verdosos sudaban el día.

La Juanita sacó un espejo, del tamaño de un *colón,* y empezó a espiarse con cuidado. Se arregló las mechas, se limpió con el delantal la frente sudada y como se quería cuando a solas, se dejó un beso en la boca, mirando con recelo alrededor, por miedo a que la *bieran ispiado.* Haciendo al escote comulgar con el espejo, se bajó de la piedra y comenzó a *pepenar chirolitas* de tempisque para el *cinquito.*

La *chucha* se puso a ladrar. En el recodo de la barranca apareció un hombre montado a caballo. Venía por la luz, al paso, haciendo *chingastes* el vidrio del agua. Cuando la Juana lo conoció, sintió que el corazón se le había ahorcado. Ya no tuvo tiempo de escaparse y, sin saber por qué, lo esperó agarrada de una hoja. El de a caballo, joven y guapo, apuró y pronto estuvo a su lado, radiante de oportunidad. No hizo caso del ladrido y empezó a *chuliar* a la Juana con un galope incontenible como el viento que soplaba. Hubo defensa claudicante, con noes temblones y jaloncitos flacos; después ayes, y después... El *ojo diagua* no parpadeaba. Con un brazo en los ojos, la Juana se quedó en la sombra.

Tacho el hermano de la Juanita, tenía nueve años. Era un *cipote aprietado* y con una cabeza de *huizayote.* Un día *vido* que su *tata* estaba furioso. La Juana le *bía* dicho quién sabe qué, y el *tata* le *bía* metido una *penquiad'el* diablo.

—¡Babosa! —había oído que le decía—. ¡Habís perdido lonra, que era lúnico que tráibas al mundo! ¡Si biera sabido quiba ir a dejar lonra al ojo diagua, no te dejo ir aquel diya; gran babosa!...

Tacho lloró, porque quería a la Juana como si hubiera sido su *nana;* e ingenuamente, de escondiditas, se *jué* al *ojo diagua* y se puso a buscar cachazudamente *lonra e la* Juana. Él no sabía ni poco ni mucho cómo sería *lonra* que *bía* perdido su hermana, pero a juzgar por la cólera del *tata, bía* de ser una cosa muy fácil de hallar

Tacho se *maginaba lonra,* una cosa lisa, redondita, quizás brillosa, quizá como moneda o como cruz. Pelaba los ojos por el arenal, río abajo, río arriba, y no miraba más que piedras y monte, monte y piedras, y *lonra* no aparecía. La *bía* buscado entre *lagua,* en los matorrales, en los hoyos de los palos y hasta le *bía* dado *güelta* a la arena cerca del *ojo,* y inada!

—Lonra e la Juana, dende que tata le penquiado —se decía—, ha de ser grande.

Por fin, al pie de un *chaparro,* entre hojas de sombra y hojas de sol, *vido* brillar un objeto extraño. Tacho sintió que la alegría le iba subiendo por el cuerpo, en espumarajos cosquilleantes.

—¡Yastuvo! —gritó.

Levantó el objeto brilloso y se quedó asombrado.

—¡Achís! —se dijo—. No sabía yo que lonra juera así...

Corrió con toda la fuerza de su alegría. Cuando llegó al rancho, el *tata* estaba pensativo, sentado en la *piladera.* En la arruga de las cejas se le *bía* metido una estaca de noche.

—¡Tata! —gritó el *cipote* jadeante—: ¡Ei ido al ojo diagua y ei incontrado lonra e la Juana; ya no le pegue, tome!...

Y puso en la mano del *tata* asombrado, un fino puñal con mango de concha.

El indio cogió el puñal, despachó a Tacho con un gesto y se quedó mirando la hoja puntuda, con cara de vengador.

—Pues es cierto... —murmuró.

Cerraba la noche.

## La petaca

Era pálida como la hoja-mariposa; bonita y triste como la virgen de *palo* que hace con las manos el *bendito;* sus ojos eran como dos grandes lágrimas congeladas; su boca, como no se había hecho para el beso, no tenía labios, era una boca para llorar; sobre los hombros cargaba una joroba que terminaba en punta. La llamaban la *peche* María.

En el rancho eran cuatro: Tules, el *tata;* la Chón su *mama,* y el robusto hermano Lencho. Siempre María estaba un grado abajo de los suyos. Cuando todos estaban serios, ella estaba llorando; cuando sonreían, ella estaba seria;

cuando todos reían, ella sonreía; no rió nunca. Servía para buscar huevos, para lavar trastes, para hacer *rír*...

—¡Quitá diay, si no querés que te raje la petaca!

—¡Peche, vos quizás sos l'hija el cerro!

Tules decía:

—Esta indizuela no es feya; en veces mentan ganas de volarle la petaca, diún corvazo.

Ella lo miraba y pasaba de uno a otro rincón, doblada de lado la cabecita, meciendo su cuerpecito endeble, como si se arrastrara. Se arrimaba al baúl, y con un dedito se estaba allí sobando manchitas, o sentada en la *cuca*, se estaba *ispiando* por un hoyo de la *paré* a los que pasaban por el camino.

Tenían en el rancho un espejito *ñublado* del tamaño de un *colón* y ella no se pudo ver nunca la joroba, pero sentía que algo le pesaba en las espaldas, un *cuenterete* que le hacía poner cabeza de tortuga y que le encaramaba los brazos: la *petaca*.

Tules la llevó un día *onde el sobador*.

—Léi traido para ver si usté le quita la puya. Pueda ser que una sobada...

—Hay que hacer perimentos defíciles, vos, pero si me la dejás unos ocho días, te la sano todo lo posible.

—Tules le dijo que se quedara.

Ella se jaló de las mangas del *tata;* no se quería quedar en la casa del sobador y es que era la primera vez que salía lejos, y que estaba con un extraño.

—¡Papa, paíto, ayéveme, no me deje!

—Ai tate, te digo; vuá venir por vos el lunes.

El sobador la amarró con sus manos huesudas.

—¡Andáte ligero, te la vuá tener!

El *tata* se fue a la carrera.

El sobador se estuvo acorralándola por los rincones, para que no se saliera.

Llegaba la noche y cantaban gallos desconocidos. Moqueó toda la noche. El sobador *vido quéra chula*.

—Yo se la sobo; ¡ajú! —pensaba, y se *reiba* en silencio.

Serían las doce, cuando el sobador se le arrimó y le dijo que se desnudara, que *liba* a dar la primera sobada. Ella no quiso y lloró más duro. Entonces el indio la *trincó* a la *juerza*, tapándole la boca con la mano y la dobló sobre la cama.

—¡Papa, papita!...

Contestaban las ruedas de las carretas noctámbulas, en los baches del lejano camino.

El lunes llegó Tules. La María se le presentó, gimiendo... El sobador no estaba.

—¿Tizo la peración, vos?

—Sí, papa...

—¿Te dolió, vos?

—Sí, papa...

—Pero yo no veo que se te rebaje...

—Dice que se me vir bajando poco a poco...

Cuando el sobador llegó, Tules le preguntó cómo iba la cosa.

—Pues, va bien —le dijo—, sólo quiay que esperarse unos meses. Tiene quírsele bajando poco a poco.

El sobador, viendo que Tules se la llevaba, le dijo que por qué no la dejaba otro tiempito, para más *seguridá;* pero Tules no quiso, porque la *peche* le hacía falta en el rancho.

Mientras el *papa* esperaba en la tranquera del camino, el sobador le dio la última sobada a la niña.

Seis meses después, una cosa rara se fue manifestando en la *peche* María.

La joroba se le estaba bajando a la barriga. Le fue creciendo día a día de un modo escandaloso, pero parecía como si la de la espalda no bajara gran cosa.

—¡Hombre! —dijo un día Tules—, esta babosa tá embarazada.

—¡Gran poder de Dios! —dijo la *nana*.

—¿Cómo jué la peración que tizo el sobador, vos?

Ella explicó gráficamente.

—¡Aijuesesentamil! —rugió Tules—. ¡Mianimo ir a volarle la cabeza!

Pero pasaba el tiempo de ley, y la *peche* no se desocupaba.

La partera, que había llegado para el caso, *uservó* que la niña se ponía más amarilla, *tan amariya, que se taba poniendo verde*. Entonces diagnosticó de nuevo.

—Ésta lo que tiene es fiebre pútrida, manchada con aigre de corredor.

—¿Eee?...

—Mesmamente; hay que darle una güena fregada, con tusas empapadas en aceiteloroco, y untadas con kakevaca.

Así lo hicieron. Todo un día pasó apagándose; gemía. Tenían que estarla *voltiando* de un lado a otro. No podía estar boca arriba, por la *petaca;* ni boca abajo, por la barriga.

En la noche se murió.

Amaneció tendida de lado, en la cama que habían jalado al centro del rancho. Estaba entre cuatro candelas. Las comadres decían:

—Pobre; tan güena quera; ¡ni se sentía la indizuela, de mansita!

—¡Una santa! ¡Si hasta, mirá, es meramente una cruz!

Más que cruz, hacía una equis, con la línea de su cuerpo y la de las *petacas*.

Le pusieron una coronita de *siemprevivas*. Estaba como en un sueño profundo; y es que ella siempre estuvo un grado abajo de los suyos: cuando todos estaban riendo, ella sonreía; cuando todos sonreían, ella estaba seria; cuando todos estaban serios, ella lloraba; y ahora, que ellos estaban llorando, ella no tuvo más remedio que estar muerta.

## El viento

La palazón se bañaba alegre y desnuda en el viento. El sol era *mareño* en la mañana azul. La basura iba y venía, arrastrada por la mecida del aire. Hojas que rodaban como caracoles, polvo como espuma sucia en aquella marea. Los charcos, en medio del camino *barrioso* y barrido, se secaban dejando prieta la tierra, y blandita como para meter el pie. Un *ruidal* de ramadas llenaba la costa entera, *dende* aquí *quera* verdeante, hasta allá *lejoslejos quera azul*.

También las yeguas sintieron *dentrar* el viento en su alegrón y se echaron a correr por el llano. A la par de las yeguas de viento, iban las yeguas de sangre, atropellándose unas con otras, soplando las narices valientes, la crin al cielo y el casco al suelo; ¡patacán, patacán, patacán!... Dejaban *jumazón* en la *fueya*, como si quemaran su *libertá*. Paraban su *desboco*, cuando ya no sentían el suelo, por miedo al vuelo desconocido. El heroísmo es un exceso de vida que puede a veces producir la muerte. A ratos, el *norte* ponía mujeres de polvo, bailando vertiginosas por las veredas; bailando en puntas y cogiendo al paso mantos de nube, para enrollarse girámbulas. Venía el *chuchito* perdido, arrastrando una larga *pita* por el camino: era negro, lagartijo, encogido y despavorido. Echaba las orejas hacia atrás, la cola entre las patas; un vivo amarillo de espanto le rodeaba los ojos polvosos. En aquella anchísima soledad, ensordecida por el viento era como un dolor extraviado. La fuerza del oleaje le hacía tambalearse. Se paraba y ponía vanos empeños por amarrar el cabo del olfato. Volvía tímido la cabeza, para mirar cuán solo estaba. Entonces su grito lastimero hacía un rasguño en el viento. Volvía atrás con igual premura; miraba al andar hacia el cielo, como si nadara. La pita lo seguía dócil, marcando un surco en el polvo por un instante. Era como un amor náufrago. Buscaba al amo, perdido en el ventarrón. A lo lejos, como un punto negro en la explanada, iba nadando hacia lo incierto. Aquella cosa tan mísera, bajo el furor del cielo, era un dolor grandioso.

Entre madejas de polvo y cáscaras doradas, apoyado al *tanteyo* en el palo y al *tanteyo* la mano en el cielo, el viejo topó a una alambrada y llamó ya sin esperanza:

—¡Mirto, Mirto!...

## El mistiricuco

El antiguo tronco de la ceiba madre de la hacienda, se hundía, como inmensa pata de gallina, en el estercolero del corral. Era verano. La ramazón escueta se abría en el azul del cielo, como una extraña flor de hierro. De las vainas reventadas, volaba el algodón: vellón de nubes, gracia de la brisa costeña... Cada arruga del tronco era como un nervio de montaña. En los nudos hechos por los siglos, había cabezas de monstruos terroríficos: pensativas gárgolas, no extrañas en aquella catedral de pájaros, románica en el tronco y bizantina en la copa. En el ábside roñoso tenía una ventana oscura, ojival, a la cual ponía vitral de verdes y brillantes hojas, una parásita prendida *guindo abajo*.

Luciano Pereira quería trepar, a ver qué había allí dentro. Moncho, el corralero, con el balde a media leche y el rejo en el hombro, trataba de disuadirlo;

—Te va joder una culebra, gran baboso...

Luciano subía ya, por la doble cuerda de una *persoga* que había logrado trabar en un gancho.

—Ai state, no te vayás. O; guá encender un jójoro y te guá decir qué veyo.

Sin soltar el balde, entreabierta la boca y arrugada la frente por el *claror* del *manecer*. Moncho lo miraba trepar sin gran esfuerzo y *sonreiba* al calcular la travesura.

Llegó Luciano al *juraco;* en una mecida alcanzó el borde, donde agarró con su pie de barro valiente; y en un momento estaba acondicionado, *ispiando pabajo*, curioso y cabeceante como un oso colmenero.

—¿Qué mirá, cheró?

Luciano se dignó sacar la cabeza y mirar al corral.

—No veyo tantito, hombré, por la escurana; pero se oye un cuchareyo

como rascádue cusuco...

—Veya no lo joda una culebra, por baboso...

Luciano Pereira encendió un *jójoro,* y miró *tieso.* Luego que se hubo apagado la llama, se volvió hacia Moncho y le dijo feliz:

—Es un mistiricuco.

Desapareció en la cueva; y a poco volvió a mostrarse, trayendo en la camisa un envoltorio misterioso. Se montó en la ojiva y, tirando de un extremo de la cuerda, ató el envoltorio y lo fue bajando con cautela. Moncho había soltado el balde a media leche y esperaba con los brazos en alto.

—No lo dejés dir, baboso.

—No, o...

Desenvuelto con precaución, después de atada una pata, el *mistiricuco* quedó parado en una piedra del corral. No intentaba volarse, porque nada veían, en la lumbre del día, sus ojos de *bamba piruja,* abiertos y fijos como *ojos de venado: dés*os que *cayen* del bejuco y se quedan mirando el cielo, desde el potrero, con terror sin *pispileyo.* De vez en cuando un ligero *tastaseyo* le venía en los *cachetes* y hablaba palabras sin sonido, girando la cabeza sobre los hombros, como un títere de cordel.

—Pobrecito, oyó... Devolverlo al hoyo.

—Devolverlo vos, si tanta gana tenés; yo no me incaramo otra vuelta.

—¿Y qué vas hacer con él?...

—Ai que se quede.

—Trayen la suerte, hombre; llévatelo.

—Lo guá descabezar diún machetazo.

—No seya bárbaro, compañero; adémelo a mí...

—¿Qué vas hacer con él?...

—Eso es cosa miya: adéjemelo.

Cuando Luciano Pereira se hubo alejado, cantando, por el *ixcanalar* que da al río, Moncho se quedó mirando el *mistiricuco,* mientras se rascaba la crencha. Tomó una resolución. Tanteó una *persoga* al gancho, varias veces, hasta que logró trabarla; y después de envolver el ave agorera con su camisa, como había hecho el otro, empezó a subir, llevándola en los dientes.

Por fin pudo llegar al hoyo; desató el lío y dejó el pájaro en el fondo. Cuando iba a descender, oyó el graznido trágico del *mistiricuco;* y recordó al momento que "cuando el *tecolote* canta el indio muere". Empezó a bajar con miedo. Se dio cuenta de lo mal que había enganchado la *persoga.* Cerró los ojos. Cayó...

Abrió, por última vez, los párpados mansos, y miró las caras inclinadas sobre él.

—Quedó paradito el pobrecito, en su nido... —dijo sonriendo, y cerró los ojos.

*Entuavía* alcanzó la voz de *ño Macario,* que decía:

—Traye la suerte y traye la muerte. Tal vez la suerte es una muerte; tal vez la muerte es una suerte.

**CUENTOS DE CIPOTES** (1945-1961)

## El cuento de la lucita misteriosa, el tesoro, el pirata y el tonto derrochante

Puesiesque en el traspatio de Güiriní salía de noche una lucita amariya en un rincón y un día que la miraron Güiriní, Lengüeta, la Marilisa, la Rute, Colín, Pujugato, la Pirula y Neneto, salieron a la carrera y yegaron onde estaba Grumesindo, el criado y le dijeron: "¡Vieras Grumesindo, ayí en el traspatio en un rinconcito de la galera se ve una lucita que tastaseya y camina como trompo!" "¡A la barcaila somalilanda!" les dijo lavando una boteya. "¡Ese conseguridá ques tesoro enterrado por algún dijunto que se murió!" "¡Uy!" dijeron todos y golvieron ir a ispiar y al rato yegó Grumesindo a ispiar también y le dijeron bien ronco: "¡Ayastá, mirá!" y estaba haciendo así la lucita comuenano que siacurruca y se para, siacurruca y se para y les dijo Grumesindo: "De fijo que si nues un osorio de güesamenta, es guaca de puro pisto macaco, de los quenterraban los viejitos denantes cuando siban destiñendo y no querían gastar su pisto ni dárselo a sus parientes". Y se jué a lavar más boteyas. Entonces Güiriní yamó a su chucho Pirata y lenseñó la lucita y el Pirata hizo: "¡Guán, guán!" y sin miedo a los espantos se jué a rascar en el suelo onde salía la claridá. "¡Es tesoro!" dijo Güiriní, porque como Pirata es pirata sabe deso y ya lo yamos a sacar mañana con luz ayí onde hizo el hoyito y por lo menos son mil miyones de pesos que nos tocan a caduno. Y se jueron contentos hablando de lo quiban a comprar, y dijo Güiriní, "Yo con mis mil miyones vuá comprar sententidós agrioplanos de todos colores y con zumba; una casita con sólo ventanas y sin puertas, enladriyado dioro y tres pares de zapatos". "Yo no" dijo Lengüeta. "Yo vuá comprar con mis mil miyones: un rijlito e viento para cuanduaga calor, cuis de conserva blanca, un cadenechucho para cuando tenga uno que se yame *Chacuatete* y lo que me sobre lo vuá echar en una arcancía de librito". "Y yo" dijo la Rute, "con mis mil miyones vuá comprar un espejito, colorete cuete, tacones altos, un cinchito relámpago, un dientedioro, medias con pelitos rubios como los diuna gringuita turista y unas chachamas de seda para dormir vestida diombre y con perjúmene." "¡Qué cochina!" le dijeron y la Marilisa dijo: "Yo, con mis mil miyones vuá comprar: una rueda de cabayitos cuadrada y con jirafas; unos antiojos onde se mire todo cerquita y nuesté; unas zapatiyas de cuerda para no dar pasos; un dulce que se chupe y se chupe y se chupe y no siacabuche nunca; una sombriya de cristal y un paragües de terciopelo con musiquita." "Yo" dijo Colín "vuá comprar una tortuga que tenga caparacho de cabcho, relumbroso, con oriya dioro; una pistolita que tire serpentinas para asustar ladrones y rateros que no les anden quitando las ratas a los gatos; y además un gran telescupo para mirar todas las estreyas del cine sin pagar." "Yo no " dijo la Pirula, "yo vuá comprar con mis mil miyones un montonis de nubes para dormir encima y para comer con cuchara; un espejo onde se mire uno, y salga un destornudo corriendo y un letrerito que diga «No me mires, no me mires, cara de gato levudo, porque cuando pindo pando miras, me tiro un destornudo.»" "¡Qué papa!" dijeron todos riéndose, y Neneto dijo: "Yo guá complal con los mil miones, un montonal de pisto pala cegalal a los limozneros el sábado, y vuá id yenal las cajitas de hoyito de las iglesias y vuá yamad un puñalal de ladlones shucos y los vuá vestid con fraque y bolerito pada que no les digan nada cuando anden jugando de lobal pisto y diay guá salid codiendo con un costalón de biyetes y los vuir pegando en las esquinas de las casas y me subo un aidoplano y tiro desde adiba los biyetes cuetes que caigan haciendo así." "¡Qué derrochante!" dijeron y se jueron a dormir para ver si siquiera soñaban quera cierto y siacabuche.

## El cuento de las pensadas de Monchete con cabeza y todo

Puesiesque Monchete estaba sentado en una piedra caliente con las manos en las mejías y pensando: "Si yo tuviera un tambor, lo sonara duro y caminando." Y diay pensó: "Cinco porocho cuarenta." Y diay: "Si yo juera estreyecine como Yaqui Cuper, sería una lata porque nuiba poder dormir todas las noches, pensando en mi famosidá." Y descués pensó mirando para otra basurita que estaba más ayá: "¡Qué fregada!" y se rascó la picada diun mosquito y pensó: "Estos mosquitos dejan un lunarito colorado que pica, pero nunca mía picado uno que deje un lunarito verde." Y diay le tiró una descupida y un tetunte y pensó: "El niño subibaja, la casa sevebien." Y se siguió rascando y se untó saliva en la picada con un dedo, y siguió pensando: "Cuando yo sea grandote vuá inventar un atajo e tonteras bonitas: un sombrero invisible para los que les gusta andar destapados; guaro que embole y que no se caiga la gente y que ni se leche de ver; ciagarros con humazón azul, verde, colorada, amariya, anaranjada y negra, para que vaya con el color del vestido y la corbata; güeyes que jalen carretas y que además seyan vacas para ordeñarlos onde se vayan parando; un agrioplanito que al aterrorisar salga inmediatamente rebuznando, tirando patadas, haciendo una gran polvazón y meniando una su cola hermosa; y un baño, que se meta uno y itas! se convierta lagua en colchones y sábanas limpias y el jabón en una almuadita y eche uno su sueño." Y cuando pensó eso le dio una risita y pasó un su tío y le dijo: "¿De qué testás riendo?" "Si no mestoy riendo" le dijo, "es que estoy haciendo girnacia de muelas para que se me desenroyen bien y masque duro." Y se paró discimulis culis y siacabuche.

## El cuento de lo que quiero y no quiero, las magiconerías y otras tonteras

Puesiesque la Firulina le dijo a la Cocolina que tenía unos sus cuatro años. "¿Y vos qué quisieras tener." "Yo nada ¿y vos?" le dijo Cocolina (porque quizás quería saber primero para querer una cosa más mejor queya). "Yo" le dijo la Firulina haciendo así las manos, "unas casemuñecas que tocara uno y dijeran diadentro: «¿Qué quería la que toca?»" "Pues yo" le dijo ya contenta la Cocolina, "yo quisiera una casemuñecas que tocara uno y de cada toquido se juera haciendo uno más chiquita, más chiquita, más chiquirritica... hasta que juera uno muñeca también y que al abrir la puerta una criada de manta reyena de zacate viruta, le dijera: «Pase adelante niña Cocolina, ai lastán esperando sus muñecas rubias para hablar de las niñas denfrente y de sus novios!»"

"¡Tshá!" le dijo con desprecio la Firulina, "vos sólo cosas que no cueden ser decís; decí qué quisieras, pero que juera verdá que se pudiera hacer." "¡Ah, pue entonce..." le dijo la Cocolina, "yo quisiera una arcancía que se le echara un centavo y descués otro, y cuando lihubiera echado uno como cientocincuenta veces labriera y itas! hubieran doce riales adentro!" "¡Tonta!" le dijo la Firulina, "te digo que no querrás cosas mágicas." "¡Sieso nués mágico!" le dijo la Cocolina. "¡Comonó!" le dijo ya bien brava la Firulina, "¿cómo no va a ser magiconería que echés centavos y te salgan riales?" Entonce le dijo la Cocolina: "¡Más magiconería es estar queriendo tener y que ni tiene uno nada!" "Entonce" le dijo Firulina, "¿qué no quisieras tener

más?" "Yo" le dijo la Cocolina, "no quisiera tener...: un gran chucho con rabia en el estómago que tirara mordidas por todos los güesos diadentro, y los hígados y los ñervos." "Eso es los que tienen hambre" le dijo la Firulina, "yo no quisiera tener una bolejabón en el galiyo para que cada vez que bostezara me salieran bombas redondas." "Eso es tener güegüecho" le dijo la Cocolina. "¡Tonta!" le dijo ya bien brava la Firulina, "yo digo bombas de vidrito de espuma con aigre adentro y colores que van volando." "¡Pues aunque seya!" le dijo la Cocolina, "porque siempre es tontera, ¿cómo se va andar bostezando con tamaña bolejabón en el galiyo? ¡Crés que no tiogabas ligerito con lo amargo y quiademás arde en la carne viva!" "¡Güeno, pués!" le dijo la Firulina, "entonce, ¿qué quisieras y no quisieras tener?" "Yo" le dijo la Cocolina, "quisiera tener y no quisiera tener unos dientes de quitar de noche como los de la niña Casilda. Quisiera porque asusta uno al que le da la gana y cuando se muere uno nues calavera dientes pelados, y no quisiera porque soy miedosa en loscuro y no miba gustar que sestuvieran riendo conmigo toda la noche adentro diun vaso." "Yo" le dijo la Firulina, "quisiera y no quisiera tener, una lamparita en el jundío como las luciérnagas. Quisiera porque me sacarían en carroza de culumbrón y además no necesitaría candela parir al común y las cucas se espantaban y no me mordían, y no quisiera porque cuando mi papá me diera pan-pan siba quemar la mano y también porque en el cine siban enojar las gentes y iban a gritar: «¡Que se caye el jundío esa muchachita diadelante que no deja ver bien!»"

Y se tiraron cuatro carcajadas y un rempujón caduna y diay salieron corriendo agarradas de la mano haciendo así y siacabuche.

## El cuento de las espantadas inventadas y el premio arronjado

Puesiesque se juntaron en la casona de Jedepor: Bujuyaso, Manos más Grandes, la Pinpirina, Coliotero y la Cuncunita y dijieron: "Juguemos de espanto y el que saque el espanto más arrecho, ése le damos un premio." Y dijeron todos: "¡Sí!" y juntaron entre todos seis centavos y se sentaron en el corredor y el espantador iba a esconderse en un cuartito que estaba yeno de calaches viejos. Y el primero fue Coliotero que se estuvo un ratito y todos esperando hasta que se abrió la puerta y venía con una tumbía vieja metida en la cabeza haciendo así las manos y diciendo: "¡Ancanganaca, ancanganaca!", y lo aplaudieron y se metió riéndose y se salió a sentarse y entonce jué Jedepor y sestuvo un gran rato y cuando ya lo empezaban a chiflar apareció en la puerta oscura de culumbrón, y en el jundío del calzón chele siabía pintado una carota con carbón y venía reculando y diciendo: "no" con las nalgas y le tiraron tetuntes y lo aplaudieron, y entonce jué la Cuncunita y al rato salió con una escoba y se bía echado una sábana shuca encima con todi y escoba y parecía una mujer altota cara chele y venía andando con las patas abiertas y diciendo: "*Churchi, churchi*" y la aplaudieron y entonces se metió la Pinpirina y salió con una sombriya vieja y un bolero viejo metido hasta el pescuezo y diciendo: "*Grug grug*" y dando saltitos y la aplaudieron, y después se jué por último Bujuyaso y al ratito abrió la puerta, bien amariyo y con el pelo bien parado y daba miedo y lo aplaudieron y dijieron que era el premiado y le dieron los centavos pero él los tiró al suelo y se jué yorando porque dijo quel no había hecho nada sino que se había salido porque le bían agarrado la caniya en la oscurana y siacabuche.

## El cuento espantoso que nisiacabó

Puesiesque la Martía les dijo a la Lucha y a la Chifanía: "Contemos caduna un cuento de miedo" "¡Sí!" dijeron, "contá primero vos" le dijeron. "Güeno" dijo: "Puesiesque en un cuarterón oscuro tenía una señora un cofrón con yaves quiacían: «¡tilín!» y que cuando se levantaba la tapadera hacía: «¡cuij!» y un día quera de noche dentró un loco sin mirada con ojos así y las manos como cuicas, vestido e negro, pelo pacho, labio sin visagra y caniyepalo ¡uy!, y yegó quedito al cofre y como tenía las yaves, ¡tililín! lo abrió y ¡cuij!, levantó la tapa y comuera grande se metió en él hasta las rodiyas y miró para todos lados y diay se riyó «¡ejum!» como mueca y era tuerto diun ojo y siacurrucó, y cerró ¡cuij!, el cofre y se quedó adentro."

Y la Chifanía le dijo: "¡Uy, ya no sigás que se me levantan toditos los pelitos del peyejo! ¿Y qué hizo la señora?" Entonce la Martía siguió diciendo: "Eneso, por una ventana entró un cuchiyo (¡no me peyisqués!), y hizo así, fijáte, la aldaba ¡tás! y la destrabó (¡soltáme, sinó no sigo!) y siabrió la ventana y salió paradentro la cabeza diun ladrón"... "¿Y en qué se conocía quera un ladrón, pué?", dijo la Lucha. "En que sí", le dijo la Martía, "en qué tenía el pelo peludo, los dientes salidos parabajo ashí, y una cachucha soplada con cuadritos y todo." "¿Y qué hizo el loco?" preguntó la Chifanía. "Perate", le dijo la Martía. "El ladrón metió una caniya negra y diay otra caniya negra y dentró al cuarto. Y como la dueña del cofrón dormía en la mediagua oyó ruidito y se jué sentando debajo del mosquitero qués un cuentón así, de panalito para que no se salgan los mosquitos y para lunamiel que no se mire que los que se casan no se duermen sino que sestán besando." "Seguí del loco, pué", le dijo la Chifanía. "Y del ladrón", le dijo la Lucha. Y la Martía dijo: "¡Cués si les estoy desplicando cómo se sentó la vieja!" "¿Y no dicistes que era señora cué?" "¡Lo mismo da!..." les dijo y siguió diciendo: "Se sentó la señora y entonce

como el ladrón oyó que tentaba la cajaejójoros se jué acercandito, acercandito, con las manos así... Y ¡tas! la apercoyó del pezcuezo, duro, y la vieja peló los ojos zarcos y dio un quejido: ¡jujujujú!... como violón y se desmayó. Entonce el ladrón le puso un trapo en la boca y lamarró con las sábanas. Descués se jué directo al cofre para ver qué hayaba"... "¡Uy!" gritó la Chifanía. "¡Ya no contés, ya no contés porque ya sé lo que sigue y me da miedo!" "¡Y a mí también!" dijo la Lucha. "¡Puesiaquí viene lo más mejor!"... les dijo la Martía "porque entonce"... "¡¡Ber, ber, ber ber, ber!!" le hicieron con el dedo en el labio y no la dejaron seguir porque se corrieron y siacabuche.

## El cuento de los caramelos embarcados en un bote y el cipotío tiburón

Puesiesque Tablita yegó a la tienda y le dijo a la tiendera: "Mire: por qué han metido tanto caramelo bonito en ese bote." Y la tiendera quera bien bilis hizo "¡Hm!" y diay dijo: "¡Para que ai estén guardaos y para que nadie los tiente!" y se sacudió un curunco que se había pasado del saco diazúcar y dio unos pasos chancletudos y dijo: "¡Te va castigar tu mama, porque va decir que quiandás haciendo en el vecindario!" Y era que tenía ganas de que se juera y no se jué sinó que le dijo: "El... pero como aquí nues vecindario sinó ques tienda, vaya!" "Sí, siés tienda pero no tenés pisto para comprar nada, asiés que de nada sirve que testés aquí" le dijo dando pasitos la tiendera que tenía un lunar de carne, en el cachete. "Sí tengo" le dijo Tablita. "¿Entonces por qué no comprás?" le dijo la tiendera quera algo sorda. "Porque taba esperando a ver si me regalaba unos"... le dijo. "Pero como no te puedo regalar" le dijo la tiendera. "A pué, como no me puede regalar, sólo poreso no le compro" le dijo Tablita y se jué chiflando y siacabuche.

## El cuento de la Indalecia quera bien india, de Justiano quera bien justo y de la Ambrosia que nuera ninguna gente

Puesiesque en una cocina de juego color colorado con azul taban haciendo jarriyadas olorosas de cosas ñame-ñame y Pelizco tenía un su hambre de seis pisos con torrecita y una ventanita diajuste y era hambre también de seis de la tarde y se acercó mirando y le dijo a la molendera que estaba haciendo mecedora juinche-juinche en la piegra de moler, con una mano de piegra que ni mano parece sino que pié: "Mirá" le dijo "¿si te sobra una me la das?" "¡Si me sobra!..." le dijo la molendera quera nalgona y dientuda. "¿Qué no sabés questán contadas las raciones de los mozos?" "Sí" le dijo Pelizco "pero como en veces sobra y le dan al loro o se comen la masa las poyas..." "¡Poyas!..." le dijo la molendera que se yamaba Indalecia "¡A yo mechan descués el muerto aloishte?" "Dame..." le dijo resbaladito Pelizco sobando con el dedo unos tololos secos diun ladito de la piegra. "Unque me pongás cara de poyo con soco" le dijo "no te cuedo dar." "¿Por qué?" le dijo. "Porque no" le contestó." "¡Eee... pero el otro diya me diste!..." le dijo. "Pues si te di debías estar conjorme" le contestó. "Es que aquel diya no tenía tantas ganas" le dijo. "¡Pues no y no y no, porque no y no cuedo" le contestó, "y andate diaquí." "A pué sólo poreso ya me voy" le dijo bien resentido del labio deabajo.

Pero no siba y la Indalesia le dijo: "Ya jueras yegando y sería lo mejor porque yo no cuedo andar dando luajeno quiademás no es mío y diajuste no me pertenece porque nues mi propiedá." "¡Ta güeno!..." le dijo, "sólo por eso ya me voy..." Y ya siba, tragando saliva diambre, cuando eneso apareció por el patio Justiniano con unas pupuzas de queso y dijo: "¡Hombre, el tuerce diun servidor!... ¡Siempre que compro pupuzas me salen con lorocos que no me gustan! ¡Pupucera irfeliz!... ¿Querés estas cuatro pupuzas, Pelizco? Tan algo calientes entuvía." Y Pelizco se avalanzó a agarrarlas quiasta siasustó Justiniano y un chucho quiva pasando disquiolía y le dijo: "¡Gracias Justiniano flano!" Y le dio una mirada sin sal a la molendera questaba pasmada y rascándose con disimulo y salió con las pupuzas apercoyadas para un surrincón que se tenía y Dios es bien güeno y siacabuche.

## El cuento de Temblorete, los con nudos y el cuete burla burla

Puesiesque Temblorete se hayó un cuete de vara detrás de una puerta de una tiendita, que quizás ni servía ya y se lo yevó quedito, pero por si lualcanzaban se montó en él como cabayo y salió parejiando y yegó onde estaban jugando de metrayadora de dos asientos:

"¡Oyó: miren mi cuete!" "¿Cuánto querés por él?" le dijeron. "Nada" le dijo. "Entonces revéntemolo" le dijeron. "Güeno" les dijo. "Vayan a aquel ranchito que les presten un tizón." Y salieron corriendo Tortemico y Caterpulta, rempujándose a tacalazos por trer el tizón; y yegaron a un tiempo y ledijeron a la señora que estaba bien brava aplaudiendo una tortiya: "Préstenos un tizón, señora" y la señora les dijo: "Pérense, un tantito, babosos ya les vua dar un tizón." Y guardó la tortiya encima diun comal caliente y agarró un tizón y se los quería pegar en el jundío y eyos recularon asustados y salieron corriendo y diciendo: "¡Y, pero no nos quemó!..." Y la vieja en la puerta del ranchito les dijo con tamaña cara de ratonera de resorte: "¡Babosos quiandan criendo quiuno vastar gastando la leña, como sistuviera tan barata conesta cris quihay hoy!" Y se metió dándole una patada a un gato que le estaba tacaliando la caniya.

Y entonces llegaron onde Temblorete que tenía el cuete y le dijeron que nuabía leña y él les dijo: "¿Y entonces dionde sale esa humazón que está saliendo del tejado del rancho?" Y eyos le dijeron: "¡Ah!, es que hay ñeblina adentro." Y Temblorete les dijo que eran unos irfelices que no sianimaban a prestar nada y dijo que él iba a ir, y se jué. Y aqueyos se quedaron riendo con el cuete. Y entonces yegó Temblorete y siasomó y vio a la vieja cara e trampa questaba soplando una gran yamarada y le dijo "Señora: préstenos un tizón para tirar un cuete." Y entonces la señora se le quedó mirando y le dijo: "¿Qué para un cuete lo quieren pué?" "Sí" le dijo Temblorete. "¡Ah pues se los presto!" le dijo la vieja ya riéndose. "¡Conque tanto que adoro yo los cuetes, porque miacuerdan un mijo que tuve quera pulicía." Y se lo dio y yegó contento, y aqueyos se quedaron mudos y Temblorete le dio viaje al cuete que les hizo "¡¡juish!" chiflándolos por burla y para que no lo alcanzaran se tiró de cabeza en el cielo y siacabuche.

## El cuento de la Titila y la Camucha que andaban mirando el pulicía de la esquina

Puesiesque la Titila y la Camucha dijeron quiban a ver al pulicía y se jueron, y el pulicía estaba parado en lesquina y eyas agarradas de la mano se pusieron a mirarlo y a dar güeltas alrededor. Y dijo la Camucha: "¡Ve, qué bonito el pulicía!", y la Titila dijo: "¡Qué chula la lapidita de hierro que lián punido en la chaquetía que dice 49!" "¡Tonta!" le dijo la Camucha "siés un corazoncito de plata para adorno." Y siguieron dándole la güelta agarradas diun dedo, y el pulicía taba bien azorrado haciendo como que miraba para todos lados. Y le dijo la Camucha: "¡Uy, qué feyo el garrote, parece chorizo!" Y la Titila le dijo: "Pero a mí me gusta el cinchito porque tiene un descudo en leviya y porque anda una pistolita colgada con tubos y todo."

"¡Eeee!" le dijo la Camucha, "pero el calzón no me gusta, porque ta todo remendado del jundío con hilera diotro color."

"Ni a mí me gusta el bigote", dijo la Titila "porque parece cepiyo e zapatos." Entonce el pulicía se les quedó mirando bien jurioso y les dijo:

"¡Vaya, muchachitas, sigan su camino si no quieren que me las yeve; sólo andan irrespetando lautoridá!" Y les sonó el zapato en el andén y eyas se jueron yendo despacito, voltiándolo a ver y cuando iban lejitos le dijeron: "¡Cuilio vestido!" y salieron a la carrera y siacabuche.

## El cuento de la luna de miel y el besote

Puesiesque Moflete y Masiluanga pasaron por una ventana de unos recién casados y se pusieron a ispiar por el balcón detrás de las cortinas de encajes y le dijo Mofe: "¿Onde bran dejado la lunemiel?", y le dijo Masi: "Ya se la han de haber comido las moscas." "¡No sias bruto, la lunemiel se la comen eyos!" Entonces salió una carota por el vidrio y hizo la boca como hablando en cine mudo, pero bien jurioso y Mofe y Masi le hicieron una mueca bien feya con saliva y salieron corriendo. Entonces se abrieron las ventanas y salió una cara con bigote y una cara con achote, de mujer. Y miraron para la esquina y se hablaron y volvieron a mirar y se hablaron, y ¡pan! cerraron. Entonces se regresaron Mofe y Masi y ¡tas! ispiaron lijerito y se estaban dando un besote junto a un camastrón y les gritaron: "¡Cochinos, con miel!" y salieron a lestampida a cair en los brazos de un cuilio que venía descruzando y que les dijo: "¿Por qué van corriendo?" "Es que está muy caliente el suelo", le dijeron, y los soltó, y siacabuche.

## El cuento de Melico y Caitío, que se bañaron debajo del paragüe murciégalo

Puesiesque venía una gran tormenta haciendo, "¡buuu!..." y "¡chisca, chisca!..." con los relámpagos y el paragües no se quería abrir quizá por no mojarse el irfeliz y el viento bien juerte los rempujaba contra los cercos de piña, y va de pujar queriendo abrirlo y le dijo Melico a Caitío: "¡Este cuento tiene yave quizá!" y Caitío le dijo: "¡Asaber si siabre con un secreto como la cueva de Alí Babá!" Y le gritaron: "Sésame abrite" dando con el pie en el suelo y inada! Y la gran tormentona negra, negra, iba ya tapando todo el cielo y "¡chisca, chisca!" los relampagotes calzón roto pasaban encima y ya las nubes tenían tamaña barba encimelcerro, y los palos salían corriendo en el mismo puesto. Eneso "¡rabrakatán!" se desguindó un rayo como espejo quebrado y el paragües se abrió del susto, diun solo bejigazo, y el viento lo yevaba diarrastrada contodi Melico y como Melico tenía agarrado del brazo a Caitío, los dos iban arando por el camino, porque se los quería encumbrar el irfeliz y el aguaje cayó todito y los bañó y el paragües los jaló a loriya del barranco y cuando ya los iba a tirar, ¡flup! se voltió patasarriba y salió volando el peyejo y sólo les quedó los huesos de paragüe. Entonce le dijo Caitío a Melico: "¡Jajajay: hoy te va a dar riata mi mama porque se rompió el paragües!" Y Melico le dijo: "¡Achís, como que yo

tengo la culpa de quel paragües se güelva murciégalo en la tormenta!" Y Caitío le dijo: "Entonces aventá ese cuenterete" y Melico le dijo: "¡No siás bruto! ¿no ves que vamos a decir que de tanto yover se gastó el trapo!" y Caitío le dijo: "¡Crés que mi mama es tonta!... ¡Entonce nos va a preguntar que por qué entonce no yegamos desnudos!" y siacabuche.

## El cuento de los diablos costaludos, la pelotera, mojazón y lestampida

Puesiesque taba yoviendo agua y entonce dijeron Canuto y Popoquite: "Juguemos de diablo encostalado"; "¡sí!", dijeron y jueron a la tienda de su tía Monchita y se sacaron descondidas dos costalitos y con unas tijeras ¡tas! le abrieron un ojo a uno y ¡tas!, le abrieron el otro ojo y "¡tas!" al otro y "¡tas!"... y dijeron: "No liabramos boca, porque para qué, porque sioye bien. Y se chulonia-ron todos y se metieron los sacos en la cabeza y miraron por los juracos y entonce miraron que miraban bien y dijeron: "¡Monós por la cayes del pueblo y vamos a la iglesia!" y se jueron debajo del aguacero por enmedio del empedrado haciendo así los charcos, con los pieses y como los sacos bían tenido azúcar iban bien pegajosos.

Entonce Popoquite iba detrás y vio por los juracos del saco que se le miraba a Canuto todo el sisiflite pelón y le dijo: "¡Tapate el jundío con las manos porque aistá la niña Carmen en la ventana de su casa y te va a ver!" Y Canuto le dijo: "No liace; como no se me mira la cara no me da vergüenza." Entonces le dijo Popoquite: "Sí, pero puede creer que sos yo" y siguieron caminando y la niña Carmen se les quedó mirando y entonce les dio vergüenza debajo del costal y Canuto se tapó con una mano adelante y con otra mano atrás y pasó como quiba corriendo a cabayo, y entonce Popoquite se safó el costal para que lo viera la niña Carmen y le dijo: "Mire niña Carmen yo no soy aquel que se le va viendo el jundío!" y la niña Carmen se tapó la nariz y le dijo: "¡Tápate muchacho insolente!" y entonce salió corriendo Popoquite porque no siabía fijado que al quitarse el saco se bía quedado en pelota y siacabuche.

## El cuento del cipotío que sacaba la lengua por la ventana diuna niña

Puesiesque cada vez y cada vez que pasaba por la ventanita diuna niña que se polviaba quedito así, y que tenía las cejas tilintes y los labios untado de caramelo, Canutío se empinaba y metía la cara y le sacaba tamaña lengua haciendo: "¡Hemm!" y diay sioiba la carrerita de sus zapatos por el andén y ya no salía otra güelta la carita, hastotrodía. Y la niña, comuera bonita se reyiva (que si biera sido feya se biera enjuriado) y no hacía nada sólo iba a ispiar y ya no estaba Canutío. Y por más que le quería dar unos chocolates camisa verde relumbrona, no se los podía dar, porque el muy papo de Canutío salía a lestampida con su lenguota y descruzaba lesquina. Y como no pasaba a la misma hora el babosito, nunca lo pudo pescar, porque un día oyó ruidito y cuando asomó la mano ¡tas! se lagarró y le metió ligeriano un chocolate. Peruera la mano diun cartero quesiasustó con contentura y eya se puso bien colorada de vergüenza y le dijo: "Dispense siñor, yo creyiva quera un cipote que me saca la lengua todos los diya." Y el carterito se chiquió y le dijo: "Yo nole saco nada niña, sólo le meto. Lestaba metiendo una tarjeta que le viene yegando del Chile." "¡Ah, gracias!" le dijo, y "perdone, pero cómase el chocolate si quiere." "Gracias, señorita, lo vuá yevar parel almuerzo", le dijo, que quizás ni qué almorzar no tenía el pobre y se jué. Y otro diya que la niña estaba echándose flite en los sobacos con un cuento como pájaro que tenía amarrado una naranja diule diuna pita, pasó otra güelta Canutío y liso: "¡Hemm!..." con tamaña lengüejuera, y eya le gritó: "¡Vení lindo!" y Canutío en la virasón que yevaba con zapatiado oyó que le dijo: "¡Si te agarro te guindo!", el muy tonto, que tamaña caja de chocolates tenía en su escritorio de polviarse. Y al otro día Canutío venía con miedo currutaco y se paró detrás diun lomo diun siñor con cabeza pelona questaba esperando la camioneta y dijo: "¡Yo voy y liago!" Y cogió juelgo de valor y siba pasando y se pasó sin animarse y diay se regresó y sempinó y ¡zas! metió la cabeza y sacó tamaña lengua, pero como la niña le bía ponido de frente y cerquitita el espejo, salió gritando porque siabía topado nariz con nariz con una carota bien feya que le sacó un lengüenco y luasustó y no golvió a pasar y siacabuche.

## El cuento del cadaverito chiquito y la loca Catapulta que onde vido vio

Puesiesque en un entierro yevaban un tiernito con su cadáver bien chiquito, ya fenecido el pobre, de tóditas partes y luiban enterrando. Y la loca Catapulta quera así de feya de la cara y de por aquí, chuca y mechuda de un su pelo bien prieto, se interpuso en el empiedrado y se cuadró y se rió con sonrisa de gemido y les preguntó: "¿Onde yevan la cajita?" Y un anciano, quera el que tenía más miedo con sonrisita temblorosa, sin arriarla ni nada, le dijo: "Es un muertito que se murió de limusina anoche y lo yevamos al mesenterio a enterrar, pobrecito." Y la loca le dijo con alegría gratis: "¡Enséñenmelo! ¡Qué lindura debe ser el angelito!" Y el viejito se voltió a los comensales y les dijo haciendo así el sombrero: "Esta loca nuá destar tan loca cuando quiere ver al finado indizuelo y lo apeló lo qués: un angelito del Señor." Y una Tomasa lisa de la cara que yevaba una coronita en el codo, brió la boca para decir que la loca no bía dicho "del Señor", pero no dijo nada, *sólo descupió un mosquito* explorador, porque un tonto quiva ayí enmedio, con tamaña carota, hizo así con la mano y dijo: "¡Son papadas andarle enseñando a los aliniados en horas de dolencia y comitiva; aparten a la Catapulta a un lado y continuemos siguiendo que ya viene lagua y no se puede andar en ceremolias de descubrimiento como si juera el carro del cinco de Agosto!"

Y como todos eran tontos por calcañalidura, dijeron en montón: "¡Continuemos la jornada que si no, el cadáver del feliz mortal se va corromper aquí mesmo enmedio de la vía dolorosa!"

Y cuando la loca vido con ojos y orejas lo que se proponían aqueyos insultos desalmados y degenerados acompañantes egoíshtas, peló las jachas como pantera cuadrada y le desgajó el paragües en la moyera al cachetón malcriado, que no pudiendo contenerse ya más sobre sus botines de becerro, se derrumbó estercolosamente al pie del juneral, para escándalo de señoras y pitazón de cuilios. Y encima se descerrajó el aguaje con tronazón y rayos quizá de la cólera divina, que le dicen, que ni tenía nada de divino sino que asustaba y salieron corriendo a guarecerse a un estanco de la esquina onde vendían guaro y dejaron al morido a media caye. *Pero como aqueya soledá*

mojada, sin capa ni costal ni sombriya nuera apta para menores, el cadaverito miñatura, en su blanquísima cayuco, se lanzó en la creciente sin remos ni velamen y se desapareció dialtiro en un tragante allá por el puente, camino del río, como góndola misteriosa. Y unos ispiadores gritaron asomando las jachas y alarmados del galiyo: "¡Se va el agasajado, en la correntada!..." Y todos dijeron: "¡Que se vaya!... Descués de todo lo mismo da enterrado en tierra que enterrado en agua. Ai le vamos a tirar coronitas de jutes el dos de Noviembre del año en curso."

Y se dispersaron todos los tontos, que era los vivos, por todas direcciones, pegándose contra las paredes para capiar los chorritos de las tejas que, con la loca, eran las únicas personas yorando al pobre muertito chiquito quiá de verse ido apfixiando bajo diagua rumbo a la mar traidora y siacabuche.

## El cuento del diablito que lo tenían preso en la iglesia y que le tejieron la cabeza

Puesiesque un diablito lo tenían en una iglesia amarrado en la pata diun altar y taba bien triste espulgándose o echadito mirando nada y cuanduera de medio día questaba solitaria la misa dentraron Cueche y Tumbita y siagacharon y le sobaron el lomo y le dijeron: "¿Por qué te tienen, diablito?" Y el diablito los miró despacito a uno y descués al otro y diai les dijo: "Porque es iglesia y para que me suelten de noche y me coma los ratones y murciélagos y también una quiotra araña." "¿Y para beber agua cómo hacés?" le dijeron. "Bebo de la pilita del portón" les dijo "pero como soy diablo y está bendita la desbendigo y me la bebos." "¿Y cómo la desbendecís?", le preguntaron. "Con la pata así" les dijo "al reveses del cura y me la bebo por la boca." "¿Y cómo te yamás?" le dijeron. "Epidermites Contanebrunosa Malcatiestranbuto Domínguez" les dijo. "Pero no estoy bautismo porqués pecado de diablos." Y se riyeron del nombre y del pecado y le dijeron: "¡Qué divertido sos, diablito!" "Sí" les dijo, "y mi papá era más que yo pero lo castigaron porque siso güeno y lo pararon de santo en un altarón de vidrio y le pusieron candelas predidas alrededor para que no se juera a salir." "Y ¿quiotras cosas son pecado e diablo?" le preguntaron. "Rezar, decir adiós, lavarse las manos, no levantarle el falso testimonio a las gentes para mirar debajo y también decir mentiras." "Decinos un rezo de diablo" le dijeron: "Urfa mamurfa chinchepate, colisterpuerque, cancaniya, picunculín meneya, no te sientes en mi boteya que se quebreya" y le dio risa al diablito y se tapó la boca y se riyeron Cueche y Tumbita y el diablito dijo: "Ya no digo, porque no, y es que se miolvidó la dutrina que menseñaron en la litrina" y se golvió a rir con la lengüita morada y se tapó y Cueche le dijo: "Si querés te soltamos." Y él dijo: "¡Seguriano piano, segurete cuete!" y lo soltaron y entonces salió a lestampida por el campanario arrastrando la cadena y se subió al tejado y diay se bajó al patio por un caño, pero como era bien alto y no se persinó en diablo, se safó una teja y le cayó al pobre en la mera chirimbamba entre los dos cachitos, y hizo "¡Cuic!" y estiró la pata yencogió la cola, porque cuando lo pepenaron yastaba morido. ¡Quel Diablo lo tenga en su gloria!... y siacabuche.

## El cuento de la ponencia trágica, la vigilancia fructífera y la sorpresa cancerosa que nuera ninguna monja mareña sino la puritita muerte repentina

Puesiesque una tortuga iba solita despacio y rempujándose desde adentro con toda sus juerzas mareñas. Y el playón quera diarena según lo acostumbrado de la mareya, iba quedando pintado con el choyón lenticular de la tortuga caminante, quiba bien despacio debido a su juertísima debilidá retardatoria. Eneso salió de un juraco ocasional el cangrejo Jlor azul, quera de los que tienen los güesos en la epidermis y el esqueleto de sangre negroide. Y cuando la tortuga iba pasando filarmónicamente, le preguntó: "¿Onde vas con ese tu güacal cuadriculado?" "Voy onde voy, araña de carey", le dijo la torgu, "no te metás en lo que no timporta." "Ya sé..." le dijo el cangre, algo de ladito, "vas a poner güevos de tortuga en salvo sea la parte." Entonce la tortuga se puso sus antiojos de juria y le dijo: "¡Isonlente gente; si no cerrás el hocico bigotudo que tenés, podés acabar finado!" Y le tiró arena con las uñas y con las otras, choquiándolo momentániamente para que no viera onde iba a poner sus ponencias. Pero como la tortu iba tan despacio, el cangre la magió dende lejos y se quedó esperando que pusiera y se dentrara al mar. Cuando la tortuga enterró su tesorito y se metió en la tumbazón colocha, el cangre dijo feliz con los ojos enarbolados dialegriya: "¡Esos güevos me los güeveyo en un tres por dos ocho!" Y, caminando sesgado, yegó onde la tortu bía ponido y comenzó diligentemente a desarenar el nido nuccial de aqueya tonta tortuga maternal que tenía la barriga nel lomo (como toda tortuga) y la cabeza de culebra saliéndole a discrefir de su ventana delantera. Pero él no carculaba (en su irnorancia cetácea) que no todo lo que relumbra es orinoco, ni torta el pan de la calandria aigrosa; ni chicharra es todo lo que chirra; ni cortina todo lo que se corre. Que la burra en rebuznos da las horas pero tira patadas adesoras y quiay más aigre en la tétrica tormenta que en las velas izadas por el mástil. Por lo*tanto, ¡cuál no sería su sorpresa trepidante!* cuando el nido siabrió en aquel irstante y descubrió, palideciendo aigrado, un coral en los güevos enroscado, el muy taimado. Y entonces el cangrejo apenas tuvo tiempo de fenecer de una picada y güarecerse en los patéticos playones de ultratumba y siacabuche.

## El cuento de Ongonuco, la boteya bomba y el señor bolo que le salió la culata por el tiro

Puesiesque Ongonuco tenía una boteyita chiquita color de ojo zarco y landaba yevando y decía: "¡Mi boteyita, mi boteyita; mi boteyita, mi boteyita!"... como cantandito, y lenseñaba ¡tas! y se lescondía por detrás y hacía así la boca con espuma y golvía a decir: "¡Mi boteyita, mi boteyita!" Y eneso yegó por onde estaban Catuta y Juinche y le dijeron: "¡Enseñá!" y él les dijo cantandito: "¡Nopes tropes zopes, porque nopes tropes zopes!..." "¡Te la vamos a quitar!" le dijeron. "Le digo a mi mama" les dijo "porque es mía, vaya." Entonces Juinche y Catuta se le tiraron encima y se la quisieron quitar. Y Ongonuco se puso a chiyar y siagachó dando chiyidos de mico, y no se la podían quitar. Y eneso pasó un señor bien bolo y les dijo: "¡Cipotes babosos! ¿qués la samotana que se tienen?" Y Ongonuco le dijo "¡Mire ñor, estos cipotes me quieren quitar mi boteyita!" "¡Déjenlo, cipotíos!" les dijo el señor, "¡si no lo dejan los vuá macaniar!" Y entonces Catuta y Juinche le soltaron y salieron corriendo y el señor bolo le dijo a Ongonuco: "Enseñá" y Ongonuco lenseñó la boteya y diay se la dio. Entonce el señor bolo la miró contrelsol y vio que no tenía nada adentro, sólo una cuquita muerta con las uñas paradas y dijo: "¡Chis, papeles! ¿Para qué querés esta porqueriya?; me la guá yevar para que mechen la goma de mañana" y se la quería meter en la bolsepecho, pero como taba bolo nuayaba la bolsa y se le resbalaba. Entonces Ongonuco se puso bien jurioso y le pidió su boteyita y como no le hacía caso agarró una piedrenca lisa y le dijo: "¡Si no me degüelve mi boteya le tiro esta piegrada!" y el bolo se riyó paratrás con dientes amariyos y entonce Ongonuco le tiró la piegrada y ¡¡pan!! le dio en el pecho en la mera boteya y entonce, como sonó puro balazo el bolo pegó un ronquido y se jué de culumpulo y gritó: "¡Así no se matan losombres!" Y como al cair nalguiado se mordió la lengua le salía un salival de sangre. Asiesque Ongonuco pegó aviada para su casa y dentró botando todo y siagarró de los justanes de su mama, y le dijo: "¡Mama, mama, ei matado a un señor bolito de un balazo con una piegra!" "¡Queseso, muchacho!" le dijo la mamá y Ongonuco le dijo: "¡Ay mama, apriéteme que me va sustar de noche con cachetes peludos y todo!" y la nana se riyó con un güegüecho que tenía como los toros y siacabuche.

## El cuento del señor que patió la bolejabón en el andén

Puesiesque Cachiñirbe y Tortajiota dijeron: "¡Hagamos bombas de jabón por carrizo!" "¡Sí!" dijeron y jueron a la cocina y en un guacalito hicieron espumesapo con una bolejabón que siayaron en el lavadero. Y diay se jueron a la caye onde se viera la chulencia quiban a tirar y se sentaron en el andén y pusieron el guacalito en un hoyito y la bola en una laja y dijeron: "Ojalá que no vengan chuchitos y creyan questa bolejabón es coyol en miel, como en Corpus, y se la vuelen y luego salgan tirando patadas todos envenenados." Y metieron los canutos de papaya en el espumal y ¡tas! soplaron y no salió nada, sólo unas escupidas de cuilio aburrido, y diay los volvieron a meter y les vieron el ojo a ver si tenían catarata de vidrio y tenían y los soplaron y entonce jueron saliendo primerito un tecomatío de vidrio; descués tres chirolitos se dejaron ir de deslisadas encima de la chirolita grande denmedio y se quedaron agarradas de la mano al yegar abajo, en lo colgando, y diay asaber onde sescondieron y como Tortajiota siguió soplando la grande se engordó y siba engordando, riéndose y se puso una camisa de seda color celeste con listones de marfir y diay se puso a dar güeltecitas como para que la viera bien el sastre, jumándose un cigarrito que el humo salía haciendo dibujos de palmeritas y se puso un chalequito conchanaquer de bolsas coloradas y en el hojal un prendedor de muñequito quera un pulicía y era uno de verdá questaba deveritas en la esquina de la caye, traficando los artomóviles y que se espejiaba en la bomba chiquirristito, que ni miedo daba dese tamaño. Y entonce vino un soplido de aigre y se soltó la chulidad de bomba y cuando se vio solita en el precipiso del viento encogió el estómago de puro mieditis currutaquis pronobis y miró para todos lados y dando güeltas para desenredarse de los vestidos de seda, sin poder, con los pañuelitos multicotorros haciendo así en el sol y en vez de bajar al suelo iba subiendo y pasó choyando una varanda de una ventana que ¡¡simás!... se destripa, ¡por un pelito!... y hizo: "¡ay!", y pasó entre cinco alambres telegráfiques sin siquiera tocar uno solo y jué a dar con la frente en un papel gayardete festival, pero no se reventó, sólo siso un chindondo que niera hondo sino que al cóntraris fucilis, era puyudo como todos los chindondos quiuno siace. Y entonce salió la gran preciosura de la bombita al campuabierto, onde estaba ya liberal y sin peligro de atropeyos y sólo el cielo que ni era peligroso, porque ¡¡ish! taba bien alto. Pero quiso la casualidencia, desgraciada del destino de la suerte perra que le dicen, y la malestreya de la fatalidad del tuerce, que se atravesó un zope funesto que no mira ondianda poniendo las patas el grosero y le dio: ¡¡irán!! con lala piojosa y la pobre bomba reventó: ¡¡pon!! más duro quiuna bomba de carrozas de la fiesta, y ¡qué! siera que en el mismo irstante, un señor gordo quiba saludando con el sombrero a unas niñas, patió la bolejabón que tenían en el anden y se jué de culumbrón pegando un terrible nalgazo en el suelo y quebró el bastón, un reló, el sombrero de paja y un cuenterete que yevaba guardado por dentro y que dijeron quera un gomoplata de güeso y quiba costar que soldara. Y yegó un gentiyal de gente a pepenar al señor gordo y se lo yevaban y Cachiñirbe y Tortajiota iban detrás rempujando la gente y bien juriosos diciendo: "¡Ese señor se yeva la bola prendida en un zapato! ¡Queremos la bola, mañosos amontonados!" y les dieron unos coscorrones y jalones diorejas hasta que se quedaron y siacabuche.

**ESO Y MÁS** (1940)

# Corazonazón

Padecía de una enfermedad extraña: sentía el corazón hinchado. A la menor emoción dilatábasele con dolor agudo. Era su corazón como una pesada cruz interior, que le obligaba a dar traspiés y a pedir misericordia.

Sólo sentía alivio en el bullicio, cuando se mezclaba en las multitudes, cuando el rumor múltiple de la vida febril le envolvía gratamente, llevándole a flote como una boya. Pero el silencio le mataba. La soledad era un monstruo con garras, la paz un puñal, el descanso una pira.

Se quedaba solo y parecíale escuchar voces que le decían: "¿Quién eres tú? ¿De dónde has venido entre nosotros? ¿Por qué penetras nuestra soledad y nuestro silencio con tu figura pesada y grotesca? ¡Vedle allí sentado! ¡Es un hombre; un hombre!... ¡Está allí! ¿Por qué?"...

Él no hacía más que suspirar y huir acosado por un terror pánico.

Una noche había despertado en las tinieblas y a una hora avanzada. Abrió los ojos, o por lo menos creyó que los abría, porque si los párpados le obedecían no vio nada, nada, más que un gran oído negro frente a su cara, que se hacía inmensa como el cielo. Creyó que por su boca entreabierta entraban por ráfagas las constelaciones como polvo minúsculo y huían de él en las expiraciones. Sabía que una de sus manos se había perdido, se había muerto en un punto indefinido de la cama y estaba por allí como una montaña, por cuyas laderas pequeñas burbujas empezaban a subir y bajar trabajando. Quiso articular una trémula queja y fue allá a lo lejos que alguien le respondió con un trueno pavoroso, pinchándole el corazón con un alfiler largo, muy largo y muy fino, ¡muy fino!...

La campana ronca del reloj le tiró encima el cuarto colocándolo por fin en el espacio y en el tiempo. Eran las dos.

—Son las dos —se dijo—, son las dos.

Sintió que crecían cañaverales en su epidermis. El péndulo del reloj se movía sin ruido; no obstante él le oía ir, venir, ir, venir... y miraba su disco metálico pasar como una sombra de luz ante sus párpados absortos.

Iré mañana, hoy, donde un médico... —se dijo—. Siento miedo...

Si hubiera tenido madre, habría gritado "¡mamá!"; aun no teniéndola pensó en nombrarla y no lo hizo por temor a oírla dentro de él mismo llamarle: "¡hijo!", con su propia voz enredada de lágrimas.

Un leve silencio venía acercándose a la cama, pegado a la pared, sobándola. Se apartó, se apartó. Sobre él, a la orilla misma crecieron algas de sombra inclinándose para cogerle. En su terror llegó a la orilla del lecho y cayó como una bomba en el suelo de madera. Dio un grito. El vecino de al lado le habló:

—¿Qué le ocurre a usted, señor Marrón?

—¡Ah,... una pesadilla!... ¡Perdón!

Buscó la llave de la luz y la encendió. La noche se licuó escondiéndose detrás de los muebles. Pero el corazón, henchido como un globo, se le quería huir. La luz alumbraba pero en silencio. La garganta del vecino había cesado de martillar la noche. Venía ahora el miedo en la luz.

El miedo en la luz era tan terrible como el miedo en la sombra; acaso más, puesto que si de la sombra podía, como un consuelo, pasarse a la luz, de la luz no sabía a dónde pasar como no fuese al bullicio y ¿cómo pedir o comprar bullicio a las dos de la madrugada?

Sentado en su colchón, arrebujaba su cuerpo en las mantas como bajo ilusorias corazas. Adentro el corazón se retorcía como una culebra herida. La respiración aserraba como cortando un hueso, aserraba con fina sierra silbante. La fiebre tiraba cintillas de fuego de un músculo a otro. La soledad toda subía y bajaba, floja, como en resortes gastados, como en cojines de pluma —cojines de plumas de nube—. Cruzábanle de parte a parte y a cada instante, espadas de fuego y espadas de hielo. Se oía a la carcoma picar los muebles viejos.

El señor Marrón tembló de pies a cabeza al darse cuenta exacta en aquel momento de que él era un hombre nacido y vivo. ¡Horror! Él era un hombre vivo. ¿Podría darse cosa más espantable a tales horas? Tuvo la conciencia trágica de que él se movía a voluntad, como se mueven los pulpos, las medusas, los fantasmas, las grasas en los líquidos. Se le trabó un grito en la garganta, hiriéndosela como un guijarro atravesado.

Se decidió por fin a hacer un poco de ruido. Su ansiedad era como un fósforo que intenta poner fuego al mutismo. En puntillas se acercó al gramófono que estaba en un rincón. Los discos negros le miraron con ojos de cíclopes. Puso uno, luego miró a su alrededor haciendo girar su calavera en uno y otro sentido. Le silbaba un zancudo en el alma. En su turbación se olvidó de darle cuerda a la máquina y cuando soltó la aguja el mueble le hizo: "¡¡Buuuuuh!!" y el señor Marrón cayó desmayado dentro de su propio corazón como en un abismo frío.

Era otoño y la alameda se hacía mariposas en el viento. La mañana soleada y azul infundía vagas congojas de paraíso. Iba empujando el viento, despacio por la acera desolada. A lo lejos un carromato venía lento, recogiendo las heces del burgo, tirado por un percherón cabizbajo que tenía las herraduras flojas y arrastronas. La mirada del señor Marrón se clavaba ansiosa en los números de las casas 52, 54, 58. En el portal del 58 había una placa. Leyó; "Dr. Mangusia. Especialidad en enfermedades cardíacas." Subió y llamó. Le abrió un criado viejo.

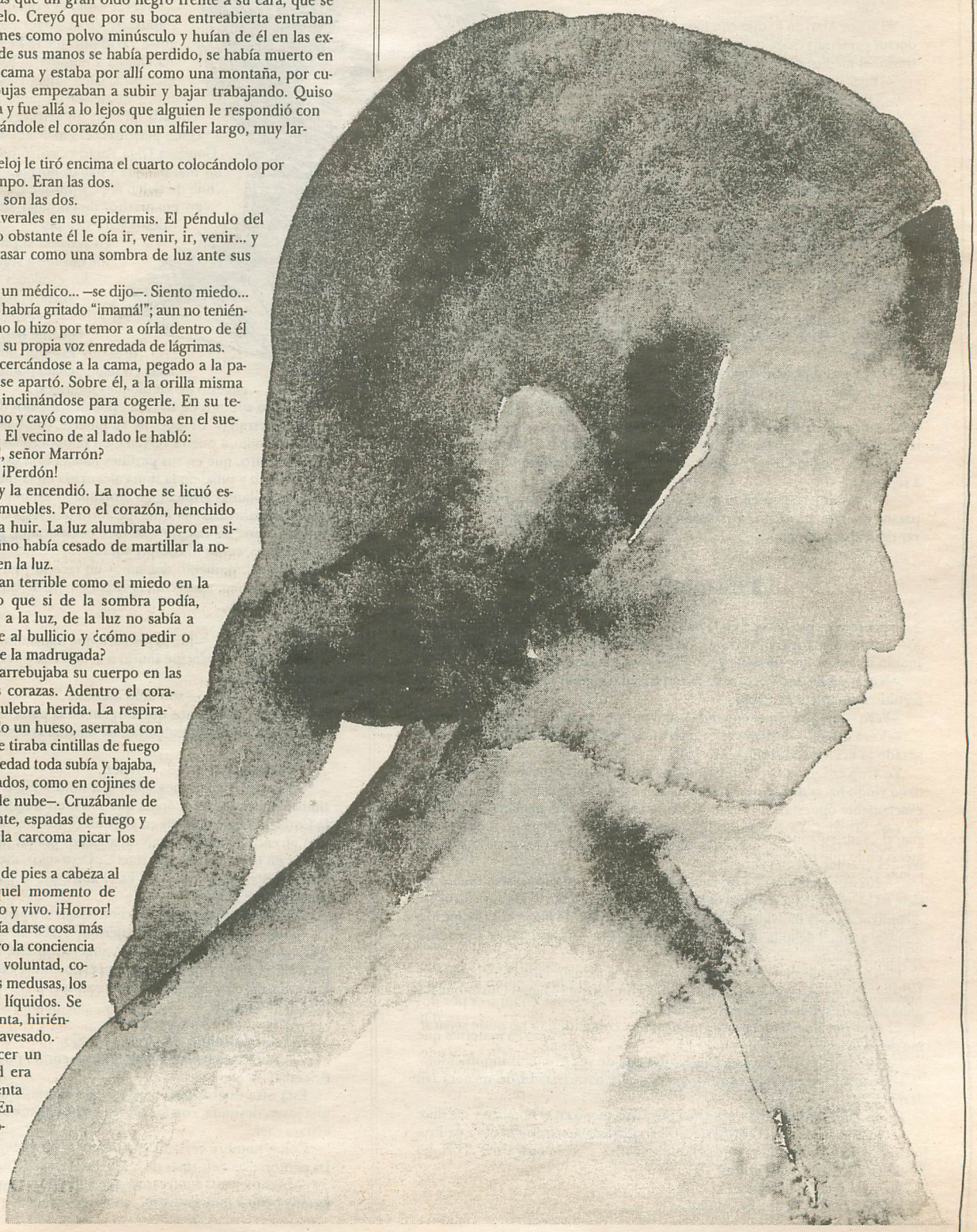
—¿Está el Dr.?

—Suba.

Entró quitándose el sobretodo y subió por una escalera angosta y oscura.

—Recto hasta topar —indicó el criado y desapareció.

Siguió recto por el pasillo. A ambos lados había salas llenas de objetos raros: cosas de laboratorio, instrumentos de acero y de hule, retortas, alambiques, frascos, lienzos esterilizados, dispuestos a recibir en su albura la rojez



trágica de la sangre. Allí en el fondo se oía un lamento. Vaciló. Dio unos cuantos pasos más y se encontró con un hombre de largas barbas rojas que tocaba en un violoncelo. Se detuvo de golpe. El hombre tocaba con los ojos cerrados. Agachaba la cabeza enorme como si la barba le pesase. Su mano vellosa bajaba por el asta del instrumento como una araña. Tejía con hondos sollozos una tela de emoción en la que había caído ya preso el corazón del cliente.

Habló con una voz que no era la de él.

–¿El Dr. Mangusia?

El hombre abrió lentamente un ojo y lo clavó azul en su cara. Paró de tocar. La araña se hizo un nudo en la parte alta del asta. Abrió ambos ojos.

–Deseaba consultar...

Sin responder, el hombre rojo indicó con un gesto una silla. El señor Marrón tomó asiento y el doctor cerró de nuevo los ojos y continuó hasta terminar la sonata. Cuando hubo dejado en un ángulo de la sala el instrumento, vino solícito a su cliente y le dijo:

–Perdone que le haya hecho esperar. No había terminado. Si hubiese dejado a medias la cosa me habría enredado todo el día en el cabo suelto. Pase a esta sala.

Después de diez minutos el doctor Mangusia se había enterado de todo.

–Diga "¡Ah!..."

–¡Ah!...

El señor Marrón lo dijo con toda la boca. Creyó que el doctor pretendía examinarle la garganta pero por lo contrario, el médico cerró los ojos y escuchó atentamente.

–Diga "¡Oh!"

–¡Oh!...

–Bien –dijo–, noto que al decir "¡oh!" pasa por sus nervios una onda de pánico.

Le auscultó el corazón, los pulmones; luego le hizo gritar: "¿Quién va?" "¡Estoy aquí!" y sucesivamente: "¡¡Socorro!!, "¡¡Perdón!!" "¡¡Mátame!!" y otras cosas que demostraron claramente la gravedad del caso.

–Lo que usted tiene –dijo el médico– es corazonazón.

El señor Marrón casi se desmayó.

–¿Qué debo hacer? –preguntó.

–¡Bah! –dijo el doctor–. Voy a curarle al momento.

En vez de alegrarse por ello el señor Marrón echó a correr. El doctor Mangusia le alcanzó de un salto y lo detuvo.

–Debe usted dejarse curar o pagar la consulta –dijo.

Reflexionó el enfermo y se avino a la curación.

Veinte minutos después el señor Marrón despertaba de un sueño magnético durante el cual experimentara la sensación de diluirse en el aire como un terrón de azúcar en un vaso de agua. El doctor Mangusia le alargó una toalla.

–¿Me ha bañado usted? –preguntó mirando sorprendido una vasija llena, a sus pies.

–No, señor –respondió el médico–, ha llorado usted a torrentes. Lo que pasaba era que un sollozo atravesado en la garganta no le dejaba a usted llorar desde hace un siglo.

## La escultura invisible

Sacha Nitrisky puso la copa en la mesa de mármol negro y –como solía hacerlo– se apretó con fuerza el tronco de la nariz, con el índice y el pulgar; luego montó de nuevo sus anteojos y prosiguió, enarcando las cejas:

–Nada, desde entonces, nada es tan trivial y mediocre para mí, como una escultura completa y forzosa.

–Pero –dije yo–, ¿qué entiende usted por una escultura *completa* y *forzosa*?

–¡Verá usted! –me dijo– voy a referirle la visita inolvidable que hice el año pasado al Príncipe Maximino Moskoff.

Yo vivía entonces en Varsovia en casa de mi primo Nicolás que había quedado viudo hacía dos meses. Mi habitación estaba situada en el piso tercero y exactamente opuesta, en la casa vecina se abría todas las mañanas la ventana de Yaya Strokett. Yaya es una muchacha encantadora y tiene un modo de ver y de sonreír tan imánico que no tardé en llegar hasta sus pies para vaciar a torrentes el amor que me ahogaba.

Todos éstos son detalles de poca importancia en mi relato, sólo quiero decirle a Ud. que fue en la época en que yo modelaba un busto de Yaya Strokeff, cuando acaeció la inolvidable visita que tuve el honor de hacer al Príncipe Maximino, a quien debo la nobleza que aparento, por un capricho de camaradería con mi padre.

Cierto día y después de mucho tiempo, me vi casualmente con el noble caballero, en una exposición de escultura del compatriota Miguel Ousky que llegaba de París sin muchos lauros, parece.

El Príncipe al reconocerme se mostró muy contento y ya no pude separarme de su lado.

–¿Qué le parece la obra de Ousky? fue una de sus primeras inquisiciones.

–¡Notable! –dije– ¡Me extraña que París le haya tratado de manera tan despectiva!

El Príncipe sonrió a la derecha, me puso una mano en el hombro y me dijo:

–¿Quieres venir a mi Castillo de Invierno? Voy a mostrarte la obra de Paulo Bresky. Regreso mañana por la tarde –añadió–; ven a buscarme al "Hotel Moskovita" y partiremos juntos.

Yo dije un tanto indeciso:

–¿Quién es Paulo Bresky, Alteza?...

–¡Verás!... No necesitas preparar nada, que allá tendrás todo lo que necesitas, aunque no todo lo que pudieras desear.

Quedamos en que yo me iba con el Príncipe, y un poco temeroso visité aquella misma tarde a Yaya Strokeff para indicarle mi partida. El busto estaba ya terminado y sólo me faltaba un ligero retoque el cual hice al punto.

Al día siguiente me despedí con besos, de Yaya, y partí para el Oriente haciendo compañía al Príncipe Maximino.

Y aquí viene mi historia.

–Llegamos aquella noche al castillo del Príncipe. Era una mansión de exterior más que modesto, pero de un lujo interno digno del más rico monarca de la tierra. Hasta el siguiente día no hablamos nada de lo relativo a este desconocido Paulo Bresky que el Príncipe había prometido –con una sonrisa enfática– como un escultor de maravilla.

Conocía yo el gusto artístico del Príncipe Maximino y su pasión por los objetos raros y antiguos de que era asiduo coleccionador; así pues, no dudé de que una sorpresa me estaba reservada, y así fue.

Pasó el día, suave, como pasan los días en los palacios de los príncipes y nada me habló Moskoff de su sorpresa, sino a eso de las cinco de la tarde, cuando tomábamos sendas tazas de "moca" en una de las terrazas.

–Verás –dijo el Príncipe poniéndose en pie y yendo a apoyarse en la balaustrada de mármol rojo; yo le seguí–. Verás por qué te he hecho venir. ¿Ves ésa arboleda amplia y murada?... Bien, pues ése es mi jardín de escultura. Cien argos vigilan constantemente este recinto, y he de ser un tanto inmodesto, si te digo que la entrada en él es un privilegio sólo concedido hasta hoy a cinco personas. El Zar Nicolás entró porque era ciego. La Condesa Olga Pablowa entró porque era tísica. Tres poetas, un día, porque estaban borrachos y tú entrarás porque eres hijo de quien eres, y porque quiero, con tu opinión, que tengo en mucho, desentrañar una duda que me atormenta desde hace tiempo.

Yo agradecí el privilegio que se me otorgaba y me dispuse a seguir al Príncipe que descendía los escalones de mármol, hacia el jardín. Mientras bajaba decía:

–Paulo Bresky es un artista absolutamente desconocido. Heredó de sus padres un caserón de aldea y en él se encerró –cincel en mano, como pudiéramos decir– a desentrañar el gesto de los bloques informes.

Los sótanos de su casa estaban atestados de obras suyas, desconocidas y casi soterradas. Después de su muerte, como no tenía heredero, su propiedad se vendió a puerta cerrada, en pública subasta. Yo llegué a saber por un hombre raro, que en sus jardines había obras escultóricas de incalculable valor artístico y pujando la suma alcanzada en la subasta llegué a quedarme con la quinta. ¡Jamás arqueólogo afortunado exhumó tesoro semejante! Trasladé aquellas maravillas –el Príncipe abrió una verja de bronce y entramos en una senda– a este mi castillo y las hice colocar aquí, por obreros de ningún criterio artístico, como tú comprenderás.

En aquel momento doblamos un recodo y en medio de un círculo enarenado de blanco, apareció erguida en base de bronce verde, la primera obra de Paulo Bresky.

–¡¿Qué es esto?!... –fue lo primero que murmuraron mis labios al contemplar aquella obra. El Príncipe sonrió a la derecha y suspiró con una piedad que parecía deleitarle.

–Ya lo ves –dijo– son unas manos...

Sí, eran unas manos que surgían de la parte superior de un bloque. Unas manos de mujer, entreabiertas; de lánguidos dedos despetalados en un gesto hacia el cielo.

–¡¿Pero qué es esto?!... –repetí.

–Hay cinco opiniones sobre el asunto –dijo el Príncipe con un misterioso timbre de voz–: el Zar opina que son unas simples manos de mujer hermosa; la Condesa Olga, que hay en ellas un gesto de ofrenda. Dijo ella: "¡Es la mujer que ofrenda el amor!"; uno de aquellos poetas dijo: "¡Es la forma que se esfuerza en dejar la roca informe!"... Otro dijo: "¡Son dos manos que imploran una estrella!" Dijo el otro: "¡Es el alma que se escapa por las manos de una mujer que se ahoga!"

Yo reflexioné un momento, contemplando aquellas manos casi nerviosas y dije:

–¡Son las manos de una mujer que acaba de soltar una paloma!– e instintivamente, con la fuerza de esta sugerencia alcé los ojos al cielo de la tarde para ver el ave en libertad, pero el cielo estaba vacío y azul, y comprendí que la escultura se completaba en mi cerebro.

Luego inquirí:

–¿Y vos, señor, qué pensáis?...

El Príncipe sonrió a la derecha y dijo:

–Por acá; veamos algo más... –y se encaminó por otra senda. Yo le seguí de cerca.

Esta otra estaba sobre una base de mármol que se rosaba en la tarde. Era una joven desnuda, con los brazos en balancín, como si un ligero equilibrio la evitara caer.

Como hombre versado en anatomía, no pude contener una sonrisa al ver las pantorrillas deformes de tan bello tronco de mujer.

–¡Esas piernas, confesaréis que son un fracaso, Príncipe! –dije–. El resto es muy bello y muy gracioso... ¡no me explico!...

El Príncipe tornó a sonreir.

–Busco lo que falta. Todas sus obras son de complemento ideológico.

Yo clavé una mirada escrutadora en aquella rara mujer de piernas torcidas y pronto comprendí.

–Sí –dije–, ésta es el agua invisible.

Hasta la mitad de las piernas la deformidad era completa. Sí, la joven se movía en un estanque de claras linfas. Sabida es la tendencia lenticular del agua a deformar los cuerpos. Sí, a la mitad de las piernas estaba el nivel del agua. El agua se movía haciendo ondular las piernas. Sí, estaba allí el agua, allí en mi cerebro.

Fuimos más allá...

Aquí era un grupo lleno de pavor. Seis niños de edades diferentes se agrupaban despavoridos en una carrera de precipitación; uno había caído de bruces, los dos mayores volvían la cabeza atrás con ojos de espanto. ¿Quién era el perseguidor?... ¿Qué *gull* energúmeno estaba para caer sobre ellos?... Yo vi a todas partes y no había nada; sin embargo, por momentos ya casi perfilaba un monstruo que tenía una boca de horror y unas garras formidables. Aunque logré expulsarle luego, no pude evitar dar cabida en mi cerebro a aquella trágica y grotesca visión.

Luego era un desnudo luchador que empuñaba una espada rota en la diestra. Tenía un gesto de muerte en el rostro y la espada iba oblicua en actitud de perforar, pero estaba rota, en rotura levemente enarcada.

Y dije yo:

–¿Por qué rota la espada?

Y el Príncipe contestó:

–¡No veo por qué ha de estar rota!...

Entonces, ¡oh horror!, pude ver la espada envainada en un pecho robusto de luchador, y estaba envainada hasta más de la mitad, y había un cuerpo que caía pesadamente al suelo y un humeante venero de sangre. Completada la obra me volví para ver otra y era un cisne en epilepsia sobre una plancha de alabastro sin mancha y dije pronto:

–¡Oh Leda!... ¡Oh maravilla!...

El Príncipe púsome una mano en la espalda y mirándome con fijeza, dijo:

–¿Maravilla has dicho?... Comprendes como yo el inmenso tesoro de arte que encierra este jardín; pues bien, tú ni eres ciego, ni tísico, ni estás borracho; luego entonces mis visiones no son una locura; has devuelto la tranquilidad a mi espíritu y voy a permitirte pasar al segundo término de mi jardín murado; yo te aseguro que caerás de rodillas, pero ha de ser bajo promesa de honor y respeto a la memoria de tu padre, de que no dirás a nadie qué has visto allí, pues que todo mi orgullo y mi vida entera están en poseer un secreto de arte de tal naturaleza.

Y prometí, porque empezaba a sentirme ebrio de arte, y he cumplido y cumplo porque respeto siempre un juramento hecho por la memoria de mi padre.

Sacha Nitrisky, que fue escultor, puso su mano larga en la copa y la llevó a los labios. Luego añadió:

–Ahora comprenderás cómo cualquier obra escultórica es para mí trivial y mediocre, cuando es una escultura completa y forzosa.

Paulo Bresky el desconocido, me enseñó a ver la cauda sin igual en la pavareal y las alas de arcángel en las espaldas de la prometida Yaya Strokeff.

---

**TRASMALLO** (1954)

---

## El mar

Los indios viejos se pararon en una sombra y apiaron sobre el borde los cacastes vacíos. A lo lejos, el mar dormía... Allí cerca venían arreando ganado. "¡To, to, to, to! ¡Acá!..."

–¡Tá bravo el sol, vos!

–¡Ajá!...

Rafáil sacó una cabuya de puro y la prendió. Se quitó los caites, los golpeó sobre una piedra y se acurrucó contra el troncón.

–¡Agüén, quiazul siá puesto el cielo allá por las llanazones!

–Alabá: de veras, vos, ¡qué bonito!

–¡Mesmamente parece que juera un llano azul!

–¡De veras, pué!

–¡Adiós, vos! ¿qué serán potreros?

–¡Jueran verdes!

–Por lo lejoso... ¡Porque veya, mano, nués cielo!

–¡¿Eeee?!...

Rafáil y Chente, indios viejos de Honduras, no habían visto nunca el mar. Pasaba uno de a caballo.

–¡Perdone, ñor, ¿qués aquella llanada azul?!

El hombre paró, miró el mar dormido, dejó colgando la sonrisa en pausa generosa.

–Ése es el mar.

–¡Agüén!...

–¿No lo conocen?

–¡Semos dionduras!

–¡Ah, vaya!

–¿Ta retirado?

–No... Unas ocho o diez leguas diaquí.

El hombre se alejó, con la sonrisa aún colgante.

–¡Mano!... ¿qué dices? Si quiere, nos bajamos a conocer. Ya salimos de la venta.

–¡Como diga, Chente!

Se *oiba* un ruido de aguacero. Sin embargo, el cielo *taba* bien chulo. Los dos indios iban llegando al mar. De pronto, desembocaron frente a la tumbazón. Rafáil se paró en seco y dejó *quér* el *cacaste* con el alma. Chente paró.

–¡Degüélvase, mano degüélvase; viene una tempestá por el suelo!

–¡Santo Dios, santo juerte! ¡Huygamos, quesesto!...

Los dos viejos indios se treparon al mismo palo.

–¡Viene un aguazal con espumarajos!

–¡Luey visto, mano; esera el ruido!

–¡Dios nos valga, tamos perdidos!

Media hora después, ya repuestos del susto, Rafáil dijo:

–Si quiere, nos bajamos, a trepar los cacastes.

–¿Nos bremos equivocado vos, no será eso el mar?

–Pues veya, eso taba pensando mesmamente. Porque como qués el llano que vimos azul. ¿Se fijó? Es un gran llano, con cola diagua.

–¿Siabrá salido algún riyo? Yo vide un cuento con chimineyas como beneficio, que jumiaba y taba entre lagua.

–¡De juro ques el mar vos! ¡véngase, démole una ispiada!

Los indios viejos se bajaron, cogieron sus cargas y se fueron acercando al mar, con recelo. Cada tumbo que rodaba, los hacía recular.

Así, avanzando y retrocediendo, estuvieron los dos, agarrados de las manos, cosa de media hora. Una mujer acertó a pasar.

–Oiga, ñora ¿quiasiés siempre el mar de bravo?

–Nunca ha stado más manso.

La mujer siguió su camino; y los dos indios viejos de Honduras, que no habían visto nunca el mar, siempre cogidos de la mano, se arrodillaron en la playa, y rezaron quedito y en *lengua.*

## El cuete

Un viento barriletero trajo los primeros resuellos de la tormenta. Los patos aletearon como locos y se perdieron en chorrera detrás de la casa, platicando como mujeres. Por entre la *palazón* de cocos se miraba un mar morado; una como bocana de estero por *onde* venía entrando el gran buque gris de la tormenta, a toda vela, buscando atraque en el cerro sombrío. En los muelles, los cocoteros iban y venían preparando las amarras. Después cayó un rayo como caen las anclas, con gran estrépito de cadenas. La tormenta atracó.

En el rancho color de ilusión, se encerró *acuchuyado* el poco de *secor,* que le quedaba al campo. *Diay parayá* comenzaba el "magueyal del henequén", bordeando el cerro *cenefiado,* hasta topar con la hacienda, donde las paredes eran blancas, al igual de las sábanas que ponen a secar al sol las lavanderas.

Llovía *rigioso;* fundiéndose en ríos *dioro* el plomo de las nubes; apurando el fuelle del viento que alborotaba las *palazones* empapadas.

Sentado en la orilla de la cama, Indalecio *oiba* el pasar de *lagua.*

–Se jodió Lino con su cuete, vos...

El viejo Tules asintió gravemente:

–¡Se jodió!...

La *señá* Mercedes acabó de ensartar los plátanos en el asador y terció burlista:

–¿Quién le manda andar yendo de tarde, pues?

Ya bien sabe que a estas horas se desguinda siempre el aguaje.

–Luabrá tapado bien, hombré...

–¿Qué tapaje le va guantar con este chaparrón?...

–El pobre burro va a pagar el pato...

–Sí, pué, lo va a rajar a güevasos por todo el camino. Desta penquiada siacaba de morir...

La *señá* Mercedes se enjuagó las manos en el tarro de la horqueta.

–Eso se llama el turce del pobre, veya; horrar y horrar dende el otro sábado, para un cuete, y cuando lo merca se lo jode la lluvia puerca.

La risa pasajera se le escapa al anciano sacudiéndole la barba rala.

–Después de todo –dice– es pura babosada andar quemando cuetes. Para alegrarse el oido, siese es el apuro aistán sonando tamaños rayos más juertes y con más lumbre, y no valen nada, ques lo mejor que tienen.

El *aguaje* había mermado de pronto. Uno *quiotro* cerro asomaba la cabeza por entre las nubes; uno *quiotro* pollo salió atrevido a picar bajo la parra de *guishquíl.* Los relámpagos naufragaban en los charcos, elevando los brazos al cielo antes de ahogarse; lloraban grandes lágrimas de plata las hojas de los plátanos en donde las pringas seguían sonando como entre papeles. Los árboles, como indios desnudos, estaban al desperdigo sobre la playa del llano, frente al mar del poniente, claro y dorado como la miel del *chumelito.*

Un grito destemplado venía levantando los silencios prendidos como *chapulines* en el pajonal y entre el henequén azulón.

–¡¡Aíja!!... ¡¡Aíja!!...

Aquel grito *arriador* se iba acercando al rancho mientras se fugaban las últimas ráfagas; mientras se alejaban las últimas pringas saltando cristalinas en los regueros, como bailarinas *diagua;* mientras el viento se echaba *rumiante* bajo el ramaje de la tarde.

–Aistá ese baboso...

–Aoilo: como que viene bolo...

Sentado en *lanca* del burro apareció Lino por el sendero del magueyal.

La vara del *cuete* le salía por debajo del ancho sombrero.

–¡Veya ideya del indio jodido; libró el cuete debajo del sombrero irfeliz!...

Los tres se asomaron al campo, riéndoseles las almas y las caras, para ver al indio Lino que llegaba, contento, en el burro lechero.

–¡Si más miamuela el cuete la tormenta, oyó! Me cayó un vergazo diagua. Merito me lleva el viento...

Dejó amarrado el burro en el horcón de la ramada y entró triunfante con el *cuete* de colores, que puso sobre una cama mientras se sacudía el *aguajal.*

El viejo Tules lo miraba abuelero.

–¡¿Pá qué te sirve el cuete, gran baboso?!

–¿Cómo pa qué?... El cuete alegra, divierte, saca las penas.

–¡Te lo guá decir, hijo: el cuete es el deshogo del indio. Lo avienta al cielo, como protesta por su pobredá y desdicha. En un desafío a Nuestro Señor. Es blasfema tirar balazos al cielo. Por eso el indio ta siempre envarado, porque la jlecha que tira parriba le caye de punta de güelta.

–¿Diónde diablos siá sacado usté esas babosadas?

–Es mi pensar, Lino, es mi ispiriencia de viejo. Yo ya vengo de Güetegato, vos vas parriba...

–Pue veya tatita: la miya nués ispiración dialtiro, pero le vuá dar seguridá diuna cosa: el cuete es una chulada, le zumba a uno la tristura, le sube a uno el corazón al cielo y le da dos besos en la cara, como a la negra de miamor...

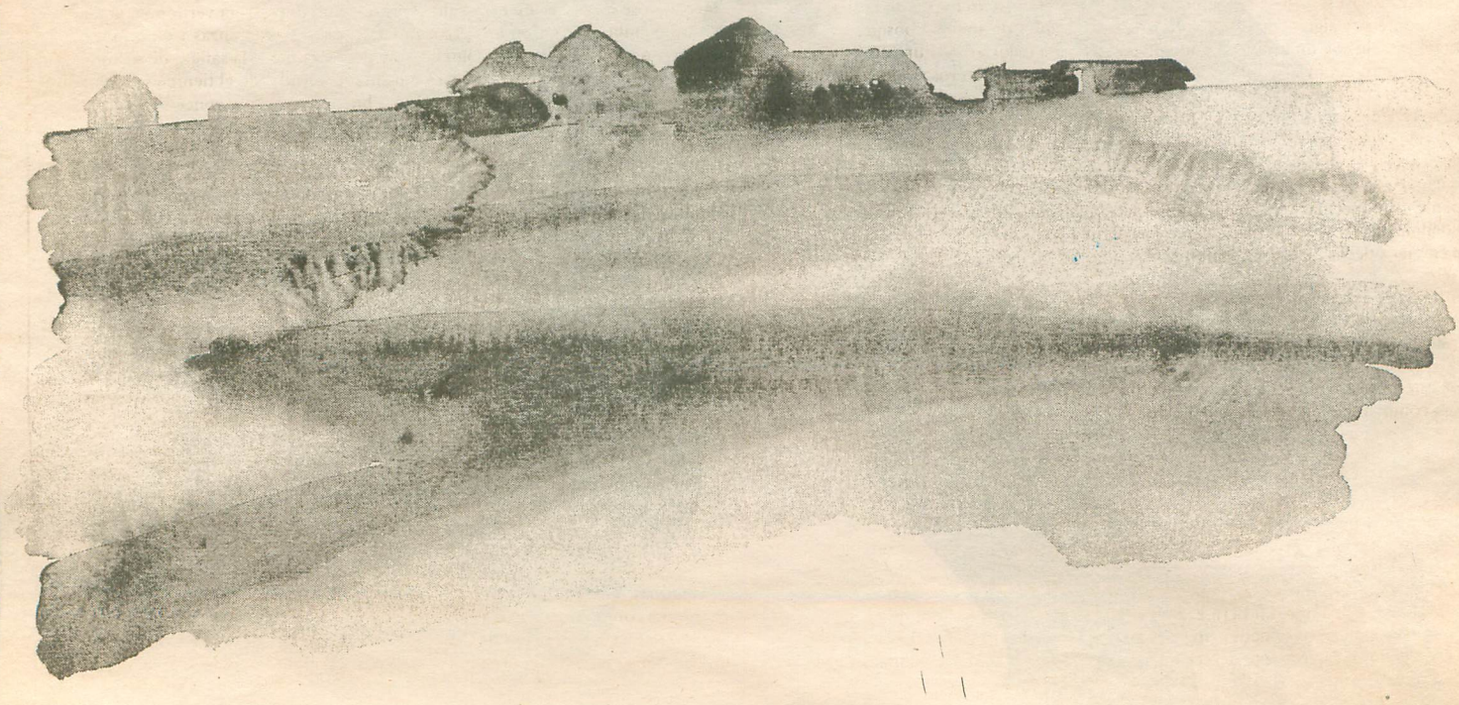
Se *carcajiaron jayaneros.* Un último relámpago le guiñó el ojo a las primeras estrellas que salían a lo limpito. El viento se había abrisado poco a poco, ondulero como crin de caballo cimarrón. Los patos entraron al rancho conversando del mal tiempo.

**LA ESPADA Y OTRAS NARRACIONES** (1960)

## La virgen desnuda

I

Subimos y subimos por las cumbres a paso de tolerancia de nuestras cabalgaduras. No había prisa. El sendero ríspido y pedregoso; el aire frígido y las nubes sobre el suelo, haciéndose jirones en los troncos y las rocas, en las ramazones deshojadas y allá a lo lejos en los picachos de la sierra, lapizlazulinos, corcovados unos de cerrado boscaje y otros calvos o huesudos.



Aquí está a nuestros pies ahora "La Barranca de la Virgen Desnuda" que yo quería ver con mis propios ojos después de oír la leyenda y dar crédito a la pretendida impenetrabilidad del paraje.

De primeras oídas yo había dicho a Máximo Rojas, quien me hospedaba y ahora me acompañaba:

—Esta virgen será sin duda la india Xochiteyoyo ("La Flor del Corazón") que es una de las vírgenes de la mitología nahual, o Jilonén la guardiana y conservadora del maíz. O tal vez Ixpapalotl ("La Mariposa de Obsidiana"), Madre del cielo y aún quedan Atsihuatzin, la náyade o ninfa juvenil, una de las supremas hijas de Tláloc y también Metzihuatl ("La Virgen Sonámbula"), confundida a veces con Sihuanahual ("La Sigua") la de dos caras, que enamora y luego espanta.

Máximo Rojas era de opiniones crudas. En su simplicidad, su mirada de soslayo era la de una crítica terrible de alguna inaudita Academia. Hombre ladino, aindiado de tanto vivir donde, sin esforzarse, se había hecho cacique por su mediana cultura y por su "pisto". Moreno y algo calvo, alto y agachado, parecía más un marino vasco que otra cosa. Era calzado y al montar se ponía botas azafranadas. Parecía un señor hacendado venido muy a menos pero sin ceder en el orgullo.

—Usted sabe mucho del culto indiano, ya se ve —dijo—, pero esta virgen desnuda *nues* ninguna *divinidá* india ni "venus del Nilo", *desas* que se retratan como estatuas, medio envueltas en una sábana, sin manos, sin cabeza o con alitas de mariposa. Esta de la leyenda que dio nombre a la barranca es la puritita Virgen María, la Madre del Señor.

—¿Y por qué vinieron a entenderla desnuda?

—¡Ah *pué!...aistá,* mi amigo, el pueblo hace las leyendas y no don fulano o don zutano. Lo que pasó allí, *asigún* dice el decir, que ya le he contado, es sin duda motivo de sobra. La desvestida es cosa de irreverencia que se puso quizá para hacer más pecaminosa la tendencia de bajar a *curiosiar.* El indio es creyente, y si la Virgen está allí en esa *julunera* tal y como Santa Ana *lechó* al mundo, no se atreverán a andarla sabaniando, por respeto. Si ella está allí desnuda, porque así le dio la gana, está como en la *intimasía* de su propia alcoba, como dicen, no se puede *dentrar* sin llamada de permiso. Al que viola esta *consignia* el Infierno Eterno le platica.

—¿Será posible que nadie haya bajado al fondo en tantos años?

—Es positivo. Para bajar *bía* que trozar el bosque cerrado de *huxcoyoles, ques* cosa brava. Nadie pasa así *nomás,* a menos que seya el "Hojarasquín del Monte".

—¿Qué es eso?

—Es un llamarle así, por generalizar, a los *alimales* monteses que *rastreyan por ai.* Se dice también que al fondo, en la quebrada, anida la serpiente cachuda, que es el Diablo tal y como se presenta *diarrastradas onde* se la manda.

Miraba yo, casi parado en los estribos, por entender entre la bruma rastrera, dónde estaba el agua. Aquello no era, en realidad, la barranca al estilo usual. Era, casi seguramente, un cráter antiguo o el impacto hecho en la sien del monte por algún enorme bólido hacía acaso miles de años. El bosque cobraba, así sin sol, un tono profundo de pedernal. El color gris oscuro era monótono pero aquí y allá surgía una grieta imprevista, en tono rosa o amarillo, debidos a las copas de *guarumos, palisandros* y *guachipilines* que sobresalían del palmar. Únicamente allá muy al fondo, donde las ramazones eran ya un solo coágulo prieto aparecían ligeras peladuras moradas o azules que denotaban la presencia del agua allí estancada por las lluvias o acaso retenidas aguas de una quebrada con salida subterránea. Nada se movía allí a no ser unas alas de repente, blanquecinas y *vagarosas* que inspeccionaban de un extremo al otro la hondonada. ¿Sería el gavilán, el *querque,* alguna lechuza crepuscular?... También vagos flecos de bruma se desplazaba desde el noroeste.

Aquel silencio, tan perfecto como una mano cerrada, sabía uno que cubría con penosa dificultad la boca ansiosa del eco. El oído percibía un aullar fantástico, lejanísimo, que era el viento entrando en la concha enorme o tal vez el agua rodando en indivisible escala de *talpetate.* Daban grandes ganas de gritar estentóreamente o de tirar una piedra o un palo en el abismo. Se sentía uno como ante un gran espejo del oído.

## II

Treinta años hacía ya, de acuerdo con la memoria de algunos. En el lugar donde hoy se halla el poblado había, antiguamente, sólo una casa de adobe. Era un caserón de gruesos muros, zaguán empedrado con mosaicos de botella y loza y una ermita anexa. También caballeriza, pues se construyó en miras de cabeza de hacienda, ello era evidente. No lejos estaba el puente de mampostería de dos arcos y medio, angosto como un acueducto (pues lo era además) y que unía la vertiente derecha del río *Achiote,* mera falda de colina, con la explanada donde estaba la casa y donde, andando el tiempo, se alzó el caserío de El Morral del Carmen. El puente debió pasar tremendas pruebas pero al final, hacía apenas diez años una *repunta de tapón,* un verdadero cañonazo lo dejó maltrecho y con añadidos de tronco de coco. Grandes amates de nutrida raigambre apuntalaban los extremos con vigor invencible. La india, ayer como hoy, vivía al desperdigo en míseros ranchos de palma y caña brava. Distancias de un kilómetro, más o menos, entre casa y casa, a través de breñales y derrumbaderos, pues la vereda era prácticamente inexistente, excepto en sitio de mucha frecuencia, como el aguadero, donde el pasaje persistía lo suficiente para contener el crecimiento, casi perceptible al ojo, del "monte" y la escobilla. Se andaba a veces con las hojas hasta el cuello, más con los brazos que con las piernas, apartando los bejucos y las "guías", donde, lo mismo podría uno topar la Vida con una calabaza abermellonada y dulce, tirada en el suelo mientras se hinchaba el alimento, como la Muerte con el rollo desdibujado de una mazacuata gigantesca o con el leño envenenado del *tamagás, enjaquimado* de amarillo y con un "aite" en la cola, más afilado y más letal que el del alacrán mareño.

Pachano era el extraño nombre que las gentes daban al indio gordo. Pachano tenía sus cuatro gotas de sangre española, pues, no obstante ser tan indio como el que más en su apariencia, aún cuidaba de su madre, una ladina de "nagua" y rebozo, con la cabeza blanca y el color de la piel muy despintado.

Rodando los acuerdos de trueques y compraventa vino Pachano a hacerse dueño de varios terrenos del lugar. La madre tenía panadería y del hornazo en la mediagua sacaba una flor de oro y aroma caliente que dispersaba por todo el valle y le dejaba buena ganancia. Mientras, Pachano auxiliaba de catador y engordaba entre sonrisas. Las tierras compradas, lo pusieron al fin en el camino de su propio quehacer. Sembraba maíz y frijoles, camotes, ayotes, y "güixquiles" a más de lo que se daba espontáneamente como el *pashte,* los *tarros,* la *chiltuicuma* y el higo de *amate* blanco, estas dos últimas cosas eran puro forraje de sus yuntas. También crecía generosamente *el morro.* Entre sus posesiones llegó a contar la hondonada que es hoy la ya legendaria Barranca de la Virgen, donde puso sus sueños de agricultor y trabajó incesantemente hasta lograr una buena limpia destroncando y desempedrando a fuerza de palanca y hombro.

Lejos de enflaquecer, con el ejercicio constante, parecía engordar más. Como el acceso a este paraje apartado era difícil se consiguió una mula *colocha* y en ella subía las sierras y con ella arrastraba los troncos caídos, las ramas del desmonte, las pelotas de liana reseca y *chirivisco* y algún pedrenco que debía cambiar de sitio para facilitar la siembra.

Cercano mayo, ponía Pachano los últimos toques al sitio que soñaba ver meciéndose en ondas de esmeralda en no lejano día. Había vertido en aquel enorme embudo todo su esfuerzo, su vitalidad, sus esperanzas y emociones. No pensó nunca en trasegar aquello, que podía llamarse la sangre de su corazón, en algo que no fuera celestial y encantador. Andando el tiempo sabemos que el embudo que sorbió sus anhelos, buenos o malos, conectaba con la boca del Infierno.

¿Qué sucedió? Que la cosecha fue pobre, mala, efímera. Sólo pérdidas este primer intento. Pachano estaba tan gordo del alma como del cuerpo y no era hombre para hacer, así como así, un segundo esfuerzo sin tener la certidumbre del éxito. Indio al fin y desconsolado, no vaciló en buscar la solución de su problema, no por el camino del Bien acudiendo a la ermita y pidiendo a Dios ayuda. Fue directamente en busca del Diablo, quien no se quedaba en silencio nunca, pidiendo sólo fe y esperanza sino que aseguraba algo aunque demandara algo al mismo tiempo.

Sabía Pachano de "La Neshna", una india bruja consejera que se decía tener pacto con Satán. Él no quería influencia tan honda y peligrosa, sólo quería un consejo para granjearse la amistad de "Los Managuas". La bruja se puso en trance, sentada en un yagual de cenizas; trabó los ojos y movió varias veces las manos y los brazos descarnados como alas de murciélago. Cuando volvió en sí, dijo a Pachano:

—Estás en la mera *talniquera, hijó... Desa* tierra no se saca más que miel.

Pachano no entendía.

La bruja dijo que el sitio era casi totalmente una colmena subterránea y que sólo ella lo podría poner en camino de darle algo de fertilidad.

—Por una parte es un *taltuzal* —le dijo— y por otra es la avispa *chumelera* que *sian* cogido el puesto. Las *taltuzas* ayudan a las avispas en la *talniquera.* Se entienden *entrellas.* Vos has llegado a romper la paz en que trabajan en lo *qués* suyo.

Ahora comprendía Pachano por qué había tanta avispa en los breñales cuando dehierbaba y salían de debajo de las raíces cuando destroncaba. ¿Por qué no pensó más cuidadosamente entonces? En cuanto a la *taltuza* ya calcu-

laba él que estaba allí, como en todas partes. El sabía cómo deshacerse poco a poco de ellas con un camotillo envenenado que su *tata* le enseñó dónde hallar y cómo usar. En pocas semanas dejaría limpio el sitio.

—¿Qué debo hacer?

La Neshna le pidió algunas monedas de plata y le dijo que si quería buena cosecha en la próxima estación debía conseguir una india doncella que fuera con él en la luna llena, el propio día; que debía quitarse el refajo o la *nagua* que tuviera y debía orinarse en cada uno de los rumbos a la orilla del terreno y por último se daría un baño de tierra al propio centro, con un guacal de morro: tres guacaladas en el hombro izquierdo, tres en el derecho, una en el bajo vientre. Atrajo hacia ella al indio y le dijo al oído qué haría entonces la niña. Terminada la ceremonia debía sacarla en peso del terreno y regresar. No debía tocarla en otro instante; no debía ver cuando ella hiciera todo aquello, pero si no estaba ella cumpliendo lo indicado sentiría él un aguijón de avispa detrás de la oreja y la castigaría con un chirrión de membrillo.

—La virgen *nues* difícil de conseguir si hay la plata para el arreglo —terminó diciendo—. *Yo sabré hallarla* y sabré que es de verdad virgen.

El indio quedó satisfecho y prometió entregarle lo que ella pidió al cálculo.

—*¿Seguís anuante, María?*

La María contestó con la cabeza en forma nerviosa pero decidida.

La bajó de la mula y empezaron a descender la pendiente con cierto cuidado pues la inclinación era grande.

La María se apartaba lo más posible de Pachano, no por otra cosa sino por temor a que perdiera pie aquel corpachón tremendo y la arrastrara al barranco. El indio, con los brazos en alto, no paraba de lamentarse y de decirle:

—*¡Perame tantito, perame tantito!*

—Todo me gusta, señor Chano, menos la tontera de *miarme* cuatro veces—. Se reía y su risa subía en el aire con el eco, como el grito de un pájaro mareño—. Que me contenga es *el volado...*

—*Tenés quiacerlo, mi alma,* te vas ganando con tu tía tanta plata como para una yunta.

—¡Como *siuno juera* ansina como un porrón, *pué!...*

—Llegaron pronto al tronco del *tecomasuche* donde Pachano había fijado el primer mojón. De casualidad era el del poniente, porque por allí debía comenzar; luego pasar al Norte, después al Sur y por último al Oriente. La bruja había dicho que era "un balanceyo a contrasol", que asaber qué quería decir.

Descansaron el rato que el indio creyó conveniente. Luego miró fijo a la María.

—*Desnudate.*

—*Dese güelta, pué...*

El indio frunció el ceño. Ordenó:

—*Desnudate,* aquí *nuas* venido a retozar.

La india vaciló todavía algún tiempo; después, lenta, tímidamente, con pudor sincero se quitó el refajo y lo dejó sobre una mata de *escobilla.* El indio no había visto cuerpo tan lindo. Se cruzó su respeto a Satán con su amor al Diablo y olvidado un instante de que todo debía hacerse en *serio,* demandó que se quitara el *güipil.*

Se quitó el *güipil* y quedó desnuda bajo la luna llena; menuda y llenita sin barriga, sin *tuche,* sin arruga; el pecho apenas levantado y el pezón erguido.

Pachano tragó saliva. Estaba "perdiendo la cabeza". Ya no sabía claramente a qué había llegado allí con esta niña. Algo en ella apunta el abrirse de la mujer, como el capullo del *clavelón* que se desenrolla imperceptiblemente: la línea de las piernas, la prominencia del pezón, el grosor del brazo, cierta gravidez leve de la nalga y el movimiento serpentino del cuello que se vuelve para mirar a otro lado, por timidez. Luego, el pudor que la atarantaba era ya conciencia de la desnudez y percepción del zumo acre del pecado. "Parece una mujer"... pensó.

—Oí, vos, María la Neshna juró queras virgen. ¿Sos virgen, verdá?...

—¿Virgen?... —Agachó la frente.

—Sí... ¿Sos virgen, *verdá?*

—Yo no...

El indio perdió todo control. Dijo un gran *insulto* y la agarró por la muñeca.

—*Tenés* que ser virgen para esto, gran *babosa.* ¿Por qué no dijiste antes?

—Yo no entiendo...

El indio echó mano del chirrión de mimbre y empezó, ya fuera de sí, a golpear a la niña quien gritaba y se retorcía en el suelo entre los terrones de la arada.

—*¡Asuélteme, asuélteme!*

Habiéndose ceñido con furia el chirrión en las nalgas, la vio surcada. La piel, antes tersa y mate, ahora aparecía estriada y jugosa, magullada. La María sollozaba *bocabajo.* El indio derivó pronto hacia el lado de la lujuria y se arrodilló a hacerle cariño. La tocaba por todas partes. La quería voltear de cara a la luna para besarla, para hundir sus manazas en el pelo pajizo.

—No *liace,* no *liace* —decía con voz temblona—. Ni qué *mimporta* de la carajada. *Alzate mialma;* si no sos virgen, mejor, vas a ser mi entenada, *te vua* dar pisto en *puerca,* te vua dar *trapos,* una casita...

La María se resistía, gimiendo siempre.

—*¡Asuélteme* le digo; quite *diay,* viejo *shuco!...*

Pachano entendió todo el desprecio. Su plata "nuera" nada; la tierra "nuera" nada: "Estás en la mera talniquera"... La miel se le había hecho un veneno violento. Se echó encima de la india con todo su peso. Con las manos le alcanzó el cuello y la apretaba y la zarandeaba insultándola con ronca y rajada voz.

Cuando la india dejó de moverse, relajados todos los músculos, parado el aliento y entreabierta la boca donde la lengua era un grumo de sangre, Pachano trató de ponerse en pie. Una nube espesa cerraba la luna y el campo estaba a oscuras. Volvía a caer de bruces sobre la niña muerta. Se limpiaba en la tierra las manos ensangrentadas. Un zumbido extraño le taladraba el oído, de por dentro. Pronto sintió el aguijón de una avispa de trás de la oreja; y otro, y otro... Se daba con las palmas abiertas, con furia. El zumbido llenó su cabeza y luego el aire todo. El enjambre entero estaba allí castigándolo. Lo picaban por todas partes con enconada premura. Trató de escapar por la ladera, dando traspiés y manotadas. Después empezó a dar gritos y por último corrió pendiente abajo, lanzando alaridos. Pronto, la gran masa de carne, rodaba rebotando de un punto a otro con estrépito, despertando los ecos en el silencio de la noche. No paró hasta el puro fondo, donde el cráneo se le hizo trizas contra el muro de *talpetate.* La luna corrió entonces el velo de nubes y brilló de nuevo espléndida y el silencio se fue congelando de aguja en aguja hasta formarse de nuevo un solo bloque frío.

## III

Esto hacía treinta años. El bosque de espinosos *güixcoyoles* había prosperado al punto de no dar paso. La maldición lo guardaba cerrado e inviolado. Nadie, sino la luna y el intérprete, sabía nada de lo ocurrido. Se hallaron los cuerpos entre la *zopilotada* y se les dio sepultura allí mismo, como es de rigor; la india bajo una cruz-brotona (que es la cruz más linda, porque resucita en árbol muy pronto) y Pachano debajo de un peñasco que fue lentamente hundiéndose en la tierra removida hasta formar una losa de maldición. El sitio fue definitivamente abandonado y evitado. Se decía del tigre y de la boa y nadie entró al fondo. Ahora la tramazón lo hacía acaso impenetrable.

Como yo no era un indio aquel "tabú" me tenía sin cuidado. Mi calidad de poeta y artista me excusaba de explorar a hurtadillas. Con el sol en la cumbre penetré un día la mañana. El machete era insuficiente. Trepé a una eminencia peñascosa y traté de entender el sitio que más prometía. El lado sur era más un muro que una pendiente. Éste fue el sitio elegido. Haciendo un amplio semicírculo llegué al punto. Empecé a bajar de rama en rama, con mucho cuidado; de raíz en raíz, de roca en roca. Peñascos que no veían el sol sino un instante en el día, estaban verdes de musgo y resbaladizos. Las lianas, a veces, se soltaban y me arrastraban largos trechos. Bajar era cosa ardua y expuesta; ¿podría después subir?... Luego, llegando al medio de la hoya (donde un relleno de arboleda rala se adentraba en el bosque tupido del *güixcoyol),* ¿qué haría? La intuición me decía que alguna alimaña tal vez dejara una brecha que hiciera posible el descenso al fondo del abismo.

Penosamente alcancé la entrada a la espesura. Anduve merodeando hasta hallar una grieta encañonada hacia el fondo. Hacía frío allí y estaba goteando todo el tiempo. Sin las lianas y bejucos providenciales me habría despeñado en aquel pozo de piedras azulinas. Vine a quedar en un repecho infranqueable desde donde una concha de agua fría se lanzaba en lluvia de menudas gotas sobre copas de altísimos helechos, *guarumos, jiotes* y *amates.* Bebí arrodillado en la arena rojiza. Estaba despellejado de brazos y piernas y picado de hormigas y de tábanos. Enjugué mis miembros sudorosos con aquella agua de hielo, deliciosa. Pasar de allí parecía materialmente imposible. Sólo teniendo alas... No era éste el sitio mejor acaso, pero desde el repecho de roca pelada podía discernir el fondo y los estanques esmeraldinos entre *camalote* y lirios. Los vertideros eran esmirriados, escuetos, pero el ruido del agua que caía, en aquella oquedad, era enorme, era como de una cascada o *chorrentera.* Apartando el ramazal de *platanillo* y *chichicaste* se veía cómo una caña de sol se hacía polvo de diamantes contra los troncos de los *jiotes* de plata y cobre que se entreveraban allá al fondo. Todavía más hondo, la luz destacaba una hoja de lirio como una placa de esmeralda chisporroteante y al lado, en la media luz, el bermellón de unos tallos de *chufle* y una enorme flor de alcatraz que fingiendo un ave blanca, de regia cola rizada, parecía suspendida en el vuelo por arte de magia o anidada en el aire.

No había medio de pasar de allí. En el sitio mismo había que estarse cogido a una rama o a un tronco, por la tendencia al derrumbe de aquel cascajo pardo y barrioso.

Iba a cambiar de sitio cuando, en forma súbita, la planta a que me cogía se desgajó del muro, arrastrándome varios metros. Algunas raíces más fuertes no se reventaron y la detuvieron. Agarrado con ambas manos y sintiendo la rozadura y el lijamiento de la roca en las rodillas, logré al fin alcanzar con la punta de los pies el extremo de una rama de *amate* que, por suerte, resistió el peso de mi cuerpo. Solté entonces el arbusto y agarrando mogotes de hierba en la pared de roca y apretando los salientes y depresiones de la superficie. Con todos los dedos, vine a cogerme con las piernas y luego con los brazos a la rama del árbol.

No quedaba sino bajar y buscar una salida. Con paciencia y haciendo valor en cada esfuerzo me escurrí hasta los ganchos cimeros y poco a poco a los inferiores. Las lianas abundaban alrededor del tronco que envolvían como en una red propicia al descenso. Al fin puse los pies sobre el suelo. Entre el pe-

dregal afilado seguí bajando todavía y me hallé de pronto al puro fondo, junto a una semigruta emboscada, pisando arena fina y clara como verdadero polvo de plata.

Estaba, pues, al fondo del barranco de manera casi involuntaria. Alcé la cabeza para ver la cúpula extraña de aquella nave de temple gótico. Armoniosas columnas cubiertas de musgo y líquenes; arcos atrevidos, entrecruzándose en una desordenada arquitectura, lámparas pendientes, moviéndose apenas en el aire frío surcado de gotas de fuego. Entre hojarascas de ramajes grávidos las enredaderas dibujaban grecas, las flores colgaban en dorados racimos o eran rojas y blancas, azules y lilas en combinaciones que hacían de vitrales. Desde allí veía, pendiente en su majestuoso atavío, la flor de *alcatraz* que antes viera desde arriba. Los rayos del sol meridiano, como espadas o barras de cristal y de oro entraban en ciertos sitios hasta besar el agua donde lirios violáceos y masuchos de berros se gozaban en la luz. Los insectos ponían un velo inquieto en el aire y tocados por el sol replandecían como polvo de joyas. Tocaba la luz del muro mojado donde coruscaba como un mosaico de brasas que se apagaban y encendían fantásticamente; destacaba en toda su finura algunas palmas de helecho tierno y las conchas cristalinas de agua que se vertían saltando con sonoridades prestadas al eco. La madeja de chorros cayendo perennemente sobre el pozo encajonado y el pedregal sonaba a un distante e impreciso canto gregoriano. Era un templo este lugar increíble. Un aroma de clorofila y de tanino, olor frío y caliente a la vez, sustituían el del incienso y de la esperma.

De las alturas del muro, enmarañado de plantas, llegaban, cayendo de vez en cuando, piedras que se soltaban allá, por razones indefinidas. Venían respingando en todo sentido; rasgando las hojas, como balas y caían escandalosamente estremeciendo el gongo del aire acústico, por largo rato.

Traté de hallar salida pues el frío aumentaba calando hasta el tuétano. Las manos me sangraban; tenía la camisa hecha trizas y cojeaba por el golpe en la rótula.

Una súbita avalancha que llenó de estruendo la cuenca sonora, me hizo correr a ocultarme en el risco más cercano. No bien se hubo restablecido la calma cuando llegó a mis oídos un rumor antes vago, ahora distinto, que impresionaba con el fantasmagórico zumbido de un rezo colectivo. El templo estaba, pues, habitado. Invisible turba fervorosa dejaba oír, no obstante, el burbujeo de sus preces de ultratumba.

Lleno de verdadero asombro busqué el origen del extraño murmullo y siguiendo su venero me hallé por fin en lo que pudiera tenerse como el "sanctum sanctorum" de aquella catedral de maravilla. La gran grieta era como una hornacina. Había dado con la verdadera *talniquera*. La cueva truncada mostraba cientos de perforaciones. Era una verdadera criba, una gigantesca colmena donde miríadas de avispas pululaban por el aire y en la roca, zumbando de manera incesante. Nunca hubiera creído que existiera un avispero igual. Al centro, la arena argentada y seca mostraba aquí y allá lamparones de cera y de miel y entre piedras afiladas, al centro, en forma inexplicable, un trozo de puro granito, fino y alisado como un *metate* o muela de piedra, como dejada allí por alguien. Pudo ser o pudo no ser labrada por el hombre. Para mí ésta fue la tercera respuesta a la pregunta que en silencio me había estado haciendo: «¿Completaré la extraña leyenda de la Virgen Desnuda?"... Pensé en símbolos proficuos: el Agua Virgen dormida y desnuda al fondo: la paloma "alas blancas" que hallé anidada al apartar unas ramas de helecho. No había volado. Era grande y delicada como cosa virgen; era, además, el símbolo del Dios Madre, el Espíritu Santo. Ahora, mi mano ávida de escultor se apoderaba de este trozo de piedra, rodeado en el centro de aquel cráter, por una oración fantasmal y continua. Yo había encontrado la Virgen Desnuda, la había rescatado del fondo del embudo prohibido. Podía verla sin esfuerzo allí mismo, tal como aparece ahora en mi estudio: una Virgen Desnuda, con sus pies sobre la cabeza de una serpiente, cubierta sí, con un manto como de seda, que acusa ligeramente las formas finas, una delicada y purísima desnudez de azucena entre la niebla de la aurora.

## El perraje

Catino está sentado y es ciego. La cabeza un poco alzada por aquello de *devisar* con el *oido*. Una sonrisa tímida ha caído en la trampa de cerdas del bigote, como una paloma sin fortuna, estremecida y a la vez conforme.

—Catino.

—Mande, niña...

—Tome.

—El ciego apronta las manos con las palmas hacia arriba, sin atinar de qué se trata.

—Tome.

Las manos de Catino son suaves, renegridas, húmedas, brillantes en las palmas, con algo de lomo de pescado o pecho de culebra. Son, no obstante manos largas y sensitivas y parecen estar llenas de ojos en botón. Miran un poco esas manos meditativas, quietas casi siempre, oyendo y moviéndose con la parsimonia de las alas en los nidos. Sobre ellas deja la niña el perraje. Lo pone con cuidado, como sabedora de lo precioso que será en poder de Catino. Las noches son ahora claras pero frías y a veces húmedas. El relente es copioso.

—Es el perraje. Lo manda Doña Toyita. Que lo guarde. Que lo use hoy que hace tanto frío.

La Candita marca las frases con cuidado. El regalo no es de la Candita quien sólo cumple el mandado, pero ella pone tal dulzura, cariño y gusto en entregarlo que el perraje va envuelto en aquella como funda de seda sutil. La Candita hubiera querido ser ella la donadora. Con la encomienda parece como si entregara una flor.

El ciego no dice nada pero sabe sentir estas cosas. Recibe el perraje y lo que con él llega (que es de menor utilidad pero de mejor calidad, de más preciado tejido) y sonríe tímidamente. Da las gracias atolondradamente Catino. Más atolondradamente, la Candita parece que no halla por donde cogerlas; se le escurren por entre los dedos nerviosos del alma. Suspira con carita apenada.

–Que Dios se lo pague, *mialma.*

–Se lo diré a Doña Toyita...

El ciego va a decir algo pero se queda en suspenso, entreabierta la boca. Acaricia el perraje pasándole una mano encima como si fuera el lomo de un gato de querencia. Catino sabe que *la niña* se ha ido, se ha retirado a pasito incierto. Está el ciego sentado en la grada. La grada, como todo asiento, mira hacia la sombra. El ciego siente moverse allí cerca las *pollas berecas* que rascan a patadas el reguero salido de la cocina y algo *jediondo a podre.* El perraje huele francamente a tinte de añil. Debe ser enteramente nuevo y no sólo nuevo, recién tejido... Le pasa la mano, le pasa la mano...

Doña Toyita es la maestra vieja. Le ha ofrecido algo (sin que él lo pidiera) y lo ha cumplido. "Esto no es caridá, casi" piensa Catino "esto es puro cariño. Yo conozco a doña Toyita... ¡Hay gente buena en el mundo!..." Hay gente buena sí, la vieja maestra es una de ellas.

Se levanta el ciego y va con el palo tanteando hacia su rincón casero. Tiene un cuarto donde bien cabe; un *petate* sobre manojos de paja de arroz. Hay una mesita, un porrón con guacalito, su tombilla. Hay cerca un ventanuco con reja de bambú; dicen que por él se ve el llano y los cerros... Catino sólo sabe que el viento entra de fuera trayéndole al olfato, bien un aroma, bien un *tufo* cualquiera o el simple olor del suelo y la maleza; al *oido* el lejano traqueteo del tren que va hacia oriente o el espeso zumbido de algún avión que viene o va.

El olor del perraje incita a meter las narices en él, a oler con fuerza, repetidamente, a morderlo, aunque él no lo hace... "¡Qué limpio huele!..."

Sentado en la cuca, después de cerrar la puerta, piensa en que pronto anochecerá. Llegará, acaso, la tormenta; hará un poco de frío... Su colchita deshilachada puede todavía servir muchos días... tal vez meses... acaso hasta un año. El perraje es un verdadero lujo. Con las yemas del índice y el pulgar aprecia lo recio del tejido. "¡Es fuerte, resistente..., debe calentar bien!" Lo va desenvolviendo, desdoblando... "¡Qué ancho es!..." Lo mide a la media braza: "¡Qué largo!..." Es un perraje doble, en verdad... parece que fueran dos perrajes en uno. Se podría poner doblado en dos y daría el servicio de una verdadera frazada *chapina.* No puede contener una sonrisa de satisfacción. "Si tengo un perro", piensa, "le pondré la colchita, para que duerma a gusto." Doña Toyita le ha dicho: "De los *chuchitos* de la Diana del doctor García tengo prometido un varón, para usté. Es perra de raza grande y fina." Doña Toyita no se olvida, lo sabe Catino. El *chuchito* no tardará... "Es un alma celestial, esta mujer; que Dios la premie..." Su mano se detiene en el extremo del perraje. Allí, en esa esquina halla una bordadura inesperada. Con el ojo, un poco miope, de sus dedos temblorosos logra leer después de vago esfuerzo *"Catino Melara"* y más abajo: *"1955."* Se le enciende una vez más la sonrisa: "Y, de ajuste, me le ha puesto el *jierro."*

# ÍNDICE

## CUENTOS DE BARRO

La botija, **5**
El negro, **6**
La brasa, **6**
De pesca, **6**
La brusquita, **7**
Esencia de "azar", **8**
El circo, **8**
Nochebuena, **9**
La repunta, **10**
La honra, **10**
La petaca, **10**
El viento, **11**
El mistiricuco, **11**

## CUENTOS DE CIPOTES

*El cuento de la lucita misteriosa...,* **12**
*El cuento de las pensadas de Monchete...,* **12**
*El cuento de lo que quiero y no quiero...,* **12**
*El cuento de las espantadas inventadas...,* **13**
*El cuento espantoso...,* **13**
*El cuento de los caramelos...,* **14**
*El cuento de la Indalecia...,* **14**
*El cuento de Temblorete...,* **14**
*El cuento de la Titila...,* **14**
*El cuento de la luna de miel...,* **14**
*El cuento de Melico y Caitío...,* **14**
*El cuento de los diablos costaludos...,* **15**
*El cuento del cipotío que sacaba la lengua...,* **15**
*El cuento del cadaverito chiquito...,* **15**
*El cuento del diablito que lo tenían preso...,* **16**
*El cuento de la ponencia trágica...,* **16**
*El cuento de Ongonuco...,* **16**
*El cuento del señor...,* **16**

## ESO Y MÁS

Corazonazón, **17**
La escultura invisible, **18**

## TRASMALLO

El mar, **19**
El cuete, **20**

## LA ESPADA Y OTRAS NARRACIONES

La virgen desnuda, **20**
El perraje, **23**

# 1996
# AÑO INTERNACIONAL PARA LA ERRADICACIÓN DE LA POBREZA

## DECLARACIÓN DEL DIRECTOR GENERAL

La paz requiere el conocimiento y el reconocimiento del Otro, de los otros. Implica una actitud constante de respeto de la diferencia, de las diferencias. Supone que se intente convencer, sin recurrir jamás a la violencia para imponer un punto de vista o una creencia, sin atentar jamás contra el patrimonio supremo, insustituible, de cada individuo: su vida.

En vísperas del tercer milenio, cada uno de nosotros debe tomar una decisión capital, que se ha de proclamar públicamente por doquier; en todas las escuelas, en los círculos deportivos y artísticos, en los medios de comunicación, en los organismos públicos: la de no atentar contra la vida del prójimo. Matar es un acto que no tiene justificación alguna, en ningún caso, y sobre todo ninguna justificación de tipo religioso –pues las religiones se basan esencialmente en el amor y la generosidad–, cultural, nacionalista o ideológico. Si anhelamos realmente legar a nuestros hijos un mundo pacífico, debemos proscribir con la mayor firmeza todo acto que atente contra la vida ajena. Esa es la condición fundamental para que la cultura de la guerra –de la fuerza, la imposición, la opresión, la desigualdad– ceda su lugar a una cultura de la paz, del diálogo, de la tolerancia, de la conciencia de la diversidad infinita de la especie humana, de su unidad en torno a los valores éticos que la Constitución de la UNESCO pone de relieve con extraordinaria intensidad: la justicia –el derecho a los derechos en primer lugar–, la libertad –en particular la libertad de expresión ("la libre circulación de las ideas por medio de la palabra y de la imagen")–, la igualdad y la solidaridad. Gracias a "la solidaridad intelectual y moral de la humanidad", ésta podrá conquistar cada día, a escala de cada ser humano (la única escala que importa), la felicidad, la alegría de vivir.

Diálogo y tolerancia no son sinónimos de docilidad y aceptación de las opiniones ajenas. Por el contrario, significan elegir una manera distinta de proceder, una manera distinta de llegar a acuerdos, sin derramamiento de sangre, sin pérdida de vidas, sin violencia, sin las perversidades de la guerra. Significan perseverar en la solución no violenta de los conflictos, con determinación y compasión en igual medida.

No hay paz duradera sin desarrollo sostenible, un desarrollo endógeno que extirpe las raíces de la frustración y la radicalización, de la pobreza y la exclusión. Sólo si se confiere a cada persona la capacidad de decidir soberamente por sí misma, de ser dueña de su destino, gracias a la educación permanente para todos, se logrará moderar el crecimiento demográfico, reducir las migraciones, mejorar la calidad de vida en las zonas rurales y comprender –y hacer entender a quienes deciden en nombre del pueblo– que la paz y el medio ambiente interesan a todos.

El desarrollo sostenible encierra una palabra clave, urgente, indispensable: compartir. Hay que compartir mejor las riquezas de todo tipo, comenzando por el conocimiento. A escala internacional y a escala intranacional, la tierra, el dinero, el saber y la experiencia son propiedad de una ínfima fracción de la población. Esto es una ofensa a la justicia, pero también una amenaza para la estabilidad y la seguridad mundiales. Tamaña asimetría es incompatible con el imperativo de democracia duradera. La democracia es el tercer ángulo del triángulo interactivo paz-desarrollo-democracia, cuyos tres vértices son solidarios.

Sólo la educación puede garantizar una verdadera democracia en que los ciudadanos participen. "¡Participo, luego existo!" Ciertamente, "se me cuenta" en las encuestas, los censos, las elecciones. Pero también debo "contar". Si no se me tiene en cuenta, la democracia no es sino una palabra, una fachada, una autocracia o una plutocracia disfrazada. La democracia duradera es el único régimen que puede garantizar que los derechos humanos sean respetados por todos. Por ese motivo, hay que adoptar medidas valientes y lúcidas: consolidar el marco jurídico y el sistema judicial para que el respeto de la ley adquiera el rigor y el ritmo que le son indispensables, y aumentar el personal necesario para luchar contra la violencia, para conciliar libertades públicas y seguridad. Reforzar el sistema de las Naciones Unidas, y en particular su capacidad de construcción de la paz y de prevención de los conflictos, para enfrentar los problemas de índole transnacional, de tipo económico, político o cultural (tráfico de drogas y de armas, blanqueo de dinero sucio, terrorismo, etc.) con medidas a su vez transnacionales.

Paz-desarrollo-democracia. Este objetivo se alcanzará gracias a la educación para todos, por todos, con todos. No se trata, en este caso, de hacer un donativo, ni de vender un modelo. La educación es una conquista personal cotidiana, una obra de conciencia que se debe realizar cada día. Así pues, para erradicar la violencia, para prevenir los conflictos, para construir la paz, es preciso movilizar a toda la sociedad –civiles, militares y eclesiásticos. En efecto, los maestros no pueden inculcar en la escuela lo contrario de lo que viven los niños en el medio familiar, en la vida pública, en los medios de comunicación. Los principios y los valores –nexos entre todas las diversidades, entre todas las culturas– sólo se aprenden mediante el ejemplo. ¿Cómo infundir actitudes pacíficas y tolerantes cuando los manuales escolares hacen abundante referencia a las guerras y la violencia? ¿Cómo pasar de la razón de la fuerza a la fuerza de la razón sin "desarmar" la historia, sin mostrar el papel fundamental que en ella desempeñan los filósofos, los creadores, los científicos, los sabios y los artistas?

Las Naciones Unidas –y por consiguiente todas las naciones– han declarado el año de 1996 Año para la Erradicación de la Pobreza.

Desde luego, pensamos en primer lugar en los países menos adelantados. Pero no olvidamos a los pobres y a los excluidos –demasiado numerosos– de los países más avanzados. Los suburbios miserables, los niños de la calle, la explotación de los adolescentes son vergüenzas colectivas para todos nosotros, pero de las que deben cobrar conciencia sobre todo los ricos, acostumbrados a considerar la marginación un fenómeno irremediable. Toda la sociedad, incluidas las fuerzas armadas –que se convertirán en grandes edificadoras de la paz–, debe cooperar en esa tarea fundamental para nuestro futuro común. Se reconozca de buen grado o no se reconozca, el mundo forma una unidad. Los parlamentarios, representantes de los pueblos, deben velar por que se asignen prioridades presupuestarias que se ajusten a los términos de un contrato moral mundial, al largo plazo que tiene en cuenta las generaciones futuras, a la visión preventiva de que debemos dotarnos, "nosotros, los pueblos", para librar a nuestros hijos del "azote de la guerra".

Invito a los Estados, los parlamentos, los alcaldes y los consejos municipales, los profesores, los periodistas, los intelectuales, las asociaciones deportivas y de jóvenes, así como a todos aquellos que pueden movilizar voluntades y medios, a cooperar para que en 1996 emprendamos, todos juntos, un nuevo camino que propicie la transición histórica de una cultura de guerra a una cultura de paz.

Federico Mayor
15 de enero de 1996

PERIOLI

# TAPAS D

VOL

**PARA ENCUADERNAR LAS OBRAS DE LOS MEJORES AUTORES ESPAÑOLES E IBEROAMERICANOS**

Tapas para los periolibros que ABC le ofrece todos los primeros jueves de cada mes.

Obras literarias de los mejores escritores de lengua portuguesa y española impresas en forma de periódico e ilustradas por importantes artistas. Una iniciativa cultural de la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica, con la participación de ABC. Ya a su disposición las nuevas tapas, por sólo 300 pts. Para poner la cultura donde se merece.

**PUEDE SOLICITARLA DIRECTAMENTE A TRAVÉS DE SU QUIOSCO HABITUAL, O A PRENSA ESPAÑOLA, S. A.**

**ABC Madrid**
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 7
28027 MADRID
o Calle Padilla, 6
28006 MADRID

**ABC Barcelona**
Calle Valencia, 84-86
08015 BARCELONA

**ABC Sevilla**
Calle Cardenal Ilundain, 9
41003 SEVILLA
o Calle Velázquez, 12
41001 SEVILLA
Teléfono 461 62 00

**TELÉFONO DE PEDIDOS: (91) 322 65 66**

**De 9 a 20 horas y de lunes a viernes**

OS DE ABC

# E AUTOR

EN II

PERIOLIBROS

UNESCO

*Rafael Alberti*
*Ciro Alegria*
*José María Arguedas*
*Juan José Arreola*
*Adolfo Bioy Casares*
*Luis Cardoza y Aragón*
*Oscar Cerruti*
*Sandra Cisneros*
*Rosa Chacel*
*Eliseo Diego*
*José Donoso*
*Eça de Queiróz*
*Joao Guimaraes Rosa*
*Pedro Henriquez Ureña*
*Jorge Ibargüengoitia*
*Juan Ramón Jimenez*
*Clarice Lispector*
*José Martí*
*Alvaro Mutis*
*Juan Carlos Onetti*
*Miguel Otero Silva*
*Alfredo Pareja Diez Canseco*
*Nicanor Parra*
*Nélida Piñón*
*Julio Ramón Ribeyro*
*Jaime Sabines*
*Ernesto Sábato*
*Carlos Salazar Herrera*
*Salarrué*
*Luis Rafael Sánchez*
*José Saramago*
*Miguel Torga*
*Arturo Uslar Pietri*
*Xavier Villaurrutia*

ABC

CRÉDITO CASA ARGENTARIA

# Antes de firmar una hipoteca, téngalo claro. Hable con un experto.

Más de un millón de familias ya han confiado en nosotros.

- Más de 120 años de experiencia con el Banco Hipotecario, primer banco especializado en la financiación de viviendas.

- 2 billones en préstamos hipotecarios

- 1 millón de créditos concedidos

Antes de tomar una decisión téngalo claro.
Tenemos el tipo de crédito que más le conviene.

Venga a cualquiera de nuestras 1.650 oficinas o solicite su crédito por teléfono.

Línea Directa Argentaria
902 18 18 18
Le atendemos 24 horas, 365 días al año.

ARGENTARIA

CON MÁS FUERZA QUE NUNCA.